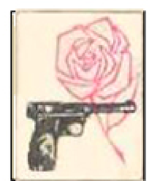


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

¿Adivinas quién te mata?

Brigitte se encuentra en Teherán para comprar un *microfilm* que han ofrecido al residente de la CIA. Pero todo se complica cuando alguien mata a Simón y Baby se queda sin el contacto que él tenía. Aunque claro, ella encontrará pronto el hilo que le lleve al ovillo.



Lou Carrigan

¿Adivinas quién te mata?

Brigitte en acción - 120

ePub r1.0
Titivillus 06.08.2017

Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

En árabe, ruso, inglés e iraní, los altavoces de la sala de espera del aeropuerto de Mehrabad, a doce kilómetros de Teherán, capital de Irán, o Persia, anunciaron la llegada del vuelo procedente de Bagdad, indicando los pocos minutos que faltaban para que el avión aterrizase en determinada pista.

En uno de los sillones de la sala, un hombre gordo, calvo, pero con una frondosa barba entrecana, miró su reloj, y en sus pequeños ojos azules apareció una chispa de aprobación por la puntualidad. Metido como a la fuerza dentro del traje blanco con tonalidades amarillentas, hundido en el sillón, con su calva cabezota bronceada por el sol y su espesa barba, producía la sorprendente impresión de una simpática estatua de barro que tuviese facilidad para determinados movimientos; sólo para algunos, ya que su sentido del mínimo esfuerzo estaba sumamente desarrollado. Llevaba sin atar el cordón de un zapato, la corbata floja, ceniza en la camisa empapada de sudor, y el cigarrillo colgaba de sus labios como si éstos hubieran perdido toda su fuerza… o jamás hubieran tenido fuerza alguna.

En conjunto, con sus pequeños y vivos ojos azules que sí se movían hacia todos lados, resultaba simpático. Absurdamente simpático, como si a sus cincuenta años ya cumplidos se pudiera esperar de él en cualquier momento una divertida travesura infantil. Incluso, en algunos momentos, había una expresión regocijadamente maligna en sus ojillos. Como si todo le divirtiese, como si todo le pareciese grandiosamente ridículo, absurdo, innecesario…

El aviso de la llegada del avión de la «Irán National» se repitió, y el hombre gordo, calvo y barbudo suspiró desalentado. Luego, se puso en pie, siempre utilizando aquel particularísimo sistema del mínimo esfuerzo. Caminando como si de un momento a otro fuese a tumbarse en el suelo dispuesto a dormir, se dirigió hacia la salida

de la sala de espera; llegó a la terraza a tiempo de ver tomar tierra al avión procedente de Bagdad, a unos quinientos metros de allí. El *car* de recogida de pasajeros se puso en marcha inmediatamente hacia allí, y poco después los pasajeros descendían del aparato, para subir al car, el cual muy pronto los dejó ante la entrada a los servicios aduanales del aeropuerto.

Sonriendo con expresión de irónica curiosidad, mientras con la colilla del cigarrillo encendía otro, el hombre gordo dedicó su más bien escasa atención a los viajeros que fueron bajando del *car*. Parecía dispuesto a tomarse las cosas con filosofía, a no sentirse en exceso defraudado por las exageraciones que contenía el informe recibido días antes… Pero su segundo cigarrillo casi escapó de sus labios cuando, al fin, vio a la pasajera. Si el cigarrillo no cayó fue debido a que quedó pegado a su labio inferior, abatido en una mueca de auténtico pasmo.

De mediana estatura, cabellos largos, negrísimos, ojos de un azul celestial, piel dorada, cuerpo bellísimo, y con un vestidito de color malva que dejaba al descubierto las rodillitas, aquella mujer podía incluso hacer que un hombre se tragase el cigarrillo al verla. Había que estar bien preparado para no lanzar una exclamación de asombro al verla. Era increíble, como un sueño…, como un espejismo del desierto. Y si las miradas de los hombres quemasen, la joven y dulcísima viajera de los ojos azules habría aparecido envuelta en llamas producidas por las miradas de los viajeros árabes que habían tenido la fortuna de compartir el viaje con ella. Tan sólo por verla caminar, valía la pena ir de Copacabana a Siberia, aunque fuese a saltos.

—Por el cielo… —masculló el hombre gordo.

La viajera, mirando a todos lados como la más fascinada de las turistas, había desaparecido ya bajo el gordo, camino de la revisión de pasaportes. Y de pronto, el gordo lanzó una exclamación y comenzó a moverse a toda prisa, directo hacia la salida de los servicios de inspección, por la cual, inevitablemente, tendría que aparecer la sensacionalísima viajera.

Lo hizo seis o siete minutos más tarde. En su mano derecha llevaba una maleta; en la izquierda, un gracioso maletín rojo con florecillas azules. En el rostro, el par de ojos más grandes, luminosos, limpios, puros y hermosos que el gordo había visto

jamás. De cerca, una de aquellas miradas podía convertir en agua caliente un témpano de hielo.

Varios mozos del aeropuerto se acercaron apresuradamente a la divina viajera, pero ella negó con la cabeza, sonriendo, mientras con aquellos pasitos maravillosos se dirigía hacia la salida. El gordo calvo y barbudo todavía estuvo estupefacto unos segundos, mirando el balanceo de las caderas de la joven. Nuevamente como sobresaltado, salió tras ella, casi a trompicones… La alcanzó cuando ella dejaba la maleta en el suelo, ya fuera de la sala de espera, y miraba a todos lados con una simpatiquísima mueca de contrariedad.

El gordo se colocó junto a ella, pasándose el pañuelo por la sudorosa frente.

—Hace un calor espantoso aquí —dijo, en iraní, mirándola fijamente.

Ella también lo miró, con el ceño graciosamente fruncido.

—Lo lamento, señor —dijo en inglés—. No entiendo su idioma.

—Digo que hace un calor espantoso aquí —repitió el gordo, ahora en inglés—. ¿Sabe qué ocurre?: las montañas. Estamos en una meseta muy elevada, y los vientos marinos que podían suavizar la temperatura, procedentes del Caspio, no alcanzan hasta aquí. Es espantoso. Le aseguro que algunos días hemos alcanzado temperaturas de hasta cincuenta grados centígrados.

—Qué barbaridad —sonrió la joven, evidentemente divertida.

—No es fácil vivir en Irán. Teherán es un horno. Por las noches hace tanto calor que mucha gente prefiere dormir en la calle. Aunque eso no soluciona nada: siempre se tiene calor. Ya se dará cuenta de lo que es esto sólo con viajar en coche desde aquí a Teherán. Afortunadamente, sólo son siete millas. ¿Me permite que le lleve su maleta?

—Espero que no intente robármela.

—Sólo lo haría si dentro llevara una barra de hierro. ¿Es eso lo que lleva?

—No —rió la divina viajera—. ¿Cómo está, Simón?

—Pues ya se lo digo, hijita: abrasado vivo. Pero le diré algo: sólo verla a usted, uno se siente más fresco, más nuevo…, como más joven. La verdad es que aún estoy atontado por su belleza. Ya sabe lo que ocurre: se habla, se habla, se habla… Cuentan y no acaban

de la belleza de Baby, de modo que uno acaba por decirse que todo es mentira, y que la tal Baby es una señora gorda, vieja, con lentes y con dentadura postiza.

—Le aseguro —volvió a reír Baby— que mi dentadura no es postiza.

—Luego me morderá, para demostrármelo —soltó una risita el feo, gordo, calvo y simpático Simón de turno—. Aunque quizá prefiera almorzar algo mejor que un trozo de insípida humanidad. Por supuesto que usted va a aceptar mi invitación.

—Por supuesto.

Simón se hizo cargo de la maleta, y señaló hacia el *parking*. Poco después, subían a un viejo «Ford» negro, sucio, que comenzó a trepidar por todos lados cuando Simón puso el motor en marcha. El agente de la CIA miró de reojo a su pasajera.

—Hace tiempo que vengo pidiendo un coche nuevo, pero los señores de Washington opinan que esto es más conveniente. No estaría bien visto un simple comerciante en alfombras persas con un cochazo tremendo. ¿Usted qué opina?

—Por una vez, daré la razón a los señores de Washington. ¿El asunto está en marcha, Simón?

—Completamente —también el coche se puso en marcha, hacia la salida del *parking*—. Todo está preparado para esta misma tarde. La recogida será no muy lejos de mi humilde tienda de alfombras. Imagino que ha traído los doscientos cincuenta mil dólares.

—Mmm… En cierto modo.

—¿En cierto modo? —Respingó Simón.

—Comprenderá que no podía entrar en Irán llevando un cuarto de millón de dólares en una maleta… Pero no se preocupe: el dinero estará en mi poder en el momento preciso.

—Más vale, porque, de lo contrario, no habrá negocio. Los árabes tienen un gran sentido comercial: no hay dinero, no hay *microfilm*.

—Es lo normal. ¿Ha visto usted el *microfilm*?

—Desde luego que no. Y ya advertí en mi mensaje que no aseguraba que valiese doscientos cincuenta mil dólares. Todo lo que dije fue que el contenido de este *microfilm*, según datos recibidos, era de una importancia internacional, grandiosa, super…

—Comprendo muy bien la importancia que debió dar usted a ese

microfilm cuando la Central ha decidido enviarme a mí a este horno.

—¡Ah! ¿Se da cuenta? ¡Ya está ahogándose de calor!

—En verdad que es espantoso —musitó Brigitte—. Espero que tenga usted refrigeración en su tienda.

—¿Refrigeración? Oh, sí la tengo… ¡Ji, ji, ji, esta es buena! ¡Refrigeración!

Brigitte sonrió al oír reír a Simón de aquel modo tan divertido y simpático. Parecía un viejo zorro que se las sabe todas y que acepta las tonterías ajenas con gran benevolencia. A los lados, se veían palmeras, asombrosamente enhiestas, verdes y frescas bajo el aterrador sol de la meseta persa. Flotaba una neblina que parecía un cristal flotando y derritiéndose en el aire, produciendo la impresión óptica de que las palmeras se agitaban… Un avión pasó por encima del coche, ya bastante bajo, procedente de Teherán; parecía una bola de metal, tan brillante que no se le podía mirar. Dentro, Brigitte lo sabía muy bien, los pasajeros sobrevivían gracias únicamente al aire que recibían por los conductos orientables. Durante el viaje que ella había hecho desde Bagdad a Mehrabad, una mujer se había desvanecido de calor…

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Aburrido y caluroso.

—¿Ha venido vía Istanbul?

—Sí. Y me pregunto por qué para ir a Teherán hay que pasar por Bagdad.

—Bagdad enlaza Teherán con las líneas europeas. Es una pequeña molestia que se olvida pronto. ¿Es verdad que nevó en Nueva York este invierno?

—Sí.

—¡Ay…! —suspiró Simón—. ¿Sabe?; aquí también nieva, en las montañas, durante el invierno. Pero si me fuese a esquiar a una de esas localidades relativamente caras, la cosa sería mal vista. Francamente, me gustaría ser de esos espías que van a hoteles de lujo sin que nadie se asombre por ello.

—Todo cansa —sonrió Brigitte—. Personalmente, prefiero una cabaña en la playa… ¿Quién es el hombre que quiere vender el *microfilm*?

—Lo ignoro. Sólo lo conoce uno de mis hombres: Yazdeg.

—¿De confianza?

—Psé… ¡Cualquiera sabe! Usted ya me entiende.

—Le entiendo. ¿Dónde está Yazdeg?

—Por ahí merodeando, como siempre. Me pasó todos los datos, y se fue por su lado. En Teherán casi nunca pasa nada, de modo que nos vemos muy poco. A decir verdad, considero un despilfarro el gasto que la CIA hace en Irán en material y personal de espionaje. Pero para eso somos un país rico: para espiar… y enviar hombres a la luna. Eso estuvo gracioso, ¿no cree?

—Efectivamente.

—¿No le gustaría ir a la luna?

—Por supuesto que sí. Si me admitiesen, iría ahora mismo.

—Yo también —suspiró de nuevo Simón—. El astronauta Neil Armstrong dijo que, cuando pasaba bajo la sombra del módulo lunar, la temperatura que registraban sus aparatos eran de cien grados bajo cero. ¿No es fantástico?

—Y peligroso… ¿Tiene un plano de Teherán?

—Claro. ¡Pero no me diga que piensa permanecer aquí muchos días!

—Lo suficiente para comprar ese misterioso *microfilm*.

—Entonces, se irá mañana mismo. ¡Cómo la envidio! Afortunadamente, dentro de año y medio me retiro de todo esto. Volveré a la patria, sí, señorita… ¡A casa! ¿Sabe lo que más decepciona de toda mi… carrera de espía?

—¿Qué cosa?

—Que no he hecho nada grande de verdad. Siempre pequeñas tonterías. Y me gustaría despedirme de la CIA, del espionaje, con algo sonado, algo verdaderamente de espía de acción… Usted me entiende, claro.

—Claro. ¿Está usted en comunicación radial con su hombre, ese llamado Yazdeg?

—¿Está bromeando? ¡Demasiado costoso! Además…, ¿para qué? Aquí no pasa nada serio, al menos en cuanto se refiere a mi cometido. Así que cuando Yazdeg tiene algo que decirme, me telefonea o me visita, me lo cuenta todo, y se va tan tranquilo.

Brigitte abrió su maletín y sacó una radio de bolsillo, que introdujo en uno de la chaqueta de Simón.

—Habrá comunicación entre nosotros, Simón. Mejor si no es necesario, pues yo trabajo a mi manera. Almorzaré con usted,

escucharé sus indicaciones, y me iré al «Namak Hotel» en un taxi… Tengo reservada una habitación allí.

—Vaya… Nada menos que al «Namak», ¿eh? Quien le busca los alojamientos a usted sabe lo que hace… y la estima de veras, no cabe duda. Allá sí que hay aire acondicionado. ¿La veré antes de que regrese mañana a Estados Unidos?

—Quizá pase a despedirme.

—Pero que sea antes de la tarde. Mi socio llegará entonces, y no hay necesidad de que se interese por algunos de mis asuntos. Aunque quizá regrese pasado mañana… Es un gandul. Siempre se lo digo: Mossad, eres un cochino gandul. Y él se ríe, se ríe… En el fondo, me resulta simpático, pero si no fuese porque mi trabajo en la CIA me obliga a soportarlo, lo habría enviado al demonio un millón de veces. ¿Me comprará alguna alfombra?

—¿Yo?

¡Claro! ¡Vendo unas estupendas alfombras persas! El negocio que comparto con mi socio es más que nada de exportación, pero también podemos vender alfombras sueltas a clientes de la calle. Tenemos alfombras de las mejores: de Kashan, con su bonito tono escarlata; de Ispahan, de Astarabad, de Khosaran… Y las muy hermosas de *turkemen*, negras y rojas… Sensacionales.

—Se puede comprar una alfombra persa en cualquier parte del mundo —sonrió Brigitte—. ¿O no?

—¡Mi querida niña, eso son falsificaciones…! Claro que también aquí se hacen falsificaciones… Es lamentable, claro, pero la gran demanda obliga a ello. Se fabrican alfombras en serie, con tintes alcalinos en sustitución de los naturales… Una pena. Pero, naturalmente, usted es una cliente de excepción para mí: tendrá la mejor y más auténtica alfombra persa que yo pueda conseguirle.

—Magnífico. Quizá le compre un par.

¡Estupendo! Y muy conveniente. Porque si no me comprase alfombras, alguien podría preguntarse qué ha venido a hacer tan bella dama a mi asquerosa tienda.

Se echaron a reír los dos. Y luego, tras unos segundos de reflexión, Simón terminó:

—De todos modos, le gustarán mis alfombras.

* * *

Finalmente, descendieron por la Avenida Firdusi, dejando atrás la plaza de este nombre, en cuyo centro, con bonitas fuentes de rumorosa agua y esbeltas palmeras, está la estatua del gran poeta persa. Simón la señaló un instante, sonriendo.

—He ahí a un hombre que no tuvo suerte en la vida… Un gran poeta, ciertamente. En realidad, se llamaba Abdul Kassim Mansur… ¿Ha leído usted «Schah Nameh»?

—No.

—Es fantástico. Traducido, el título es «Libro de los Reyes». Contiene más de cincuenta mil versos, muchos de ellos verdaderamente magníficos. También ha escrito muchas cosas más, pero a mí, lo que me gusta de él, es «Schah Nameh»… Creo que Firdusi murió hacia el año… mil veinte, o así. En un momento bien inoportuno, por cierto.

—¿En qué sentido?

—Bueno… Parece ser que Firdusi consideró que el rey no pagaba lo suficientemente bien su trabajo, y se enfadó con él. Tuvo que salir a escape de Persia, y vivió en el Irak. Por fin, volvió a Persia, y se retiró a vivir a Tus, su pueblo natal, donde murió sin una mísera piastra. Un amigo, que se había enterado de la situación precaria del poeta, le envió un importante donativo…, que llegó a casa de Firdusi cuando estaban sacando su cadáver camino del cementerio.

—Oh… Verdaderamente, no fue muy afortunado. Oiga, Simón, esta avenida… ¿no es la de *Sha* Reza?

—Sí… Ah, la entiendo… Pero este trozo es la calle Istanbul. Cosas de esta gente. Llegaremos en seguida al Bazar. No haga caso de nada, y en cuanto salga del coche, métase en mi tienda. Y no se le ocurra dar un solo rial a un mendigo. Si quiere hacerlo, que sea cuando se marche ya para no volver, o no la dejarían tranquila jamás. ¿Entiende?

—Sí.

Penetraron en el Bazar, con las calles más estrechas y llenas de tiendas y puestos libres callejeros. La excitación era tremenda allí, y la confusión agobiante, debido en gran parte al paso de bicicletas. El Bazar forma un laberinto asombroso, con grandes tragaluces practicados en las bóvedas de casas y calles. Brigitte y Simón tuvieron que dejar el coche fuera, para recorrer a pie el estrecho

camino bordeado de puestos en el suelo. Había de todo: samovares, jabón, zapatos, lentes, peines, tabaco, pipas, acordeones, libros, revistas de mujeres desnudas y hasta pornográficas, relojes, plumas, encendedores, máquinas fotográficas… y alfombras. Cientos de montones de alfombras persas, bien dobladas, mostrando sus hermosos y vivos colores…

Después de haber pasado en corto periplo informativo por las amplias avenidas, como las del Poeta Saadi, y por la Plaza Sefzli, el Bazar resultaba sorprendente, como perteneciente a otro mundo, o, al menos, a otra ciudad; pero esto era algo a lo que Brigitte estaba ya acostumbrada, y que había visto en otras ciudades árabes, como Túnez, Casablanca, El Cairo… Respecto al poeta Saadi, cuyo busto está en la plaza, Simón hizo alusión a unos versos suyos referidos a un hombre que se pasó mucho tiempo quejándose de que era tan pobre que no podía ni siquiera tener babuchas para sus doloridos pies; y así estuvo tiempo y tiempo, quejándose por su carencia de babuchas…, hasta que un día vio a otro hombre… que no tenía piernas.

Los comerciantes increpaban a Simón, que les replicaba vivamente en su idioma, un par de veces un tanto mosca, ya que las alusiones que hacían sobre Brigitte no eran precisamente comerciales.

Por fin, abrió la puerta de su tienda, de cristales de colores, y cerró rápidamente en cuanto Baby hubo entrado.

—¡Fiuuu! —suspiró Simón—. Afortunadamente, usted no entiende el iraní, Baby.

—¿Qué han dicho? —sonrió ella.

—Pues que si ellos pudieran… No. Mejor que no se lo diga. Venga, le enseñaré mi modesto negocio. Bueno, ahora estamos en la tienda propiamente dicha… Alfombras por todas partes. Y otras pequeñas chucherías. No es gran cosa, pero cualquiera de esos tipos de ahí fuera me degollarían si con tan sólo hacerlo pudieran tener esta tienda: es la obsesión de todos los vendedores ambulantes. Pasemos al almacén, donde preparamos los envíos… Mi socio y yo tenemos muy buenos clientes en todo el mundo, se puede decir.

—Entonces, el negocio es bueno.

—Psé… Ya le digo: dentro de año y medio me retiro. No sólo del espionaje, sino de todo esto. Creo que me iré a vivir al Estado de

Nueva York, cerca de los Grandes Lagos. Quiero un clima fresquito, pero no demasiado; benigno, sin temperaturas extremas… Pienso dedicarme a pintar, a fumar en pipa y a pasear en bicicleta. Hasta es posible que escriba un libro de viajes.

—Una vida plácida.

—Me la he ganado. ¿O cree que no?

—Naturalmente que sí.

Habían recorrido un corto pasillo, y llegaron a un almacén relativamente grande, con tragaluces en el techo. Todo el almacén estaba lleno de tapices y alfombras, y de grandes cajas de madera.

—Mi socio y yo nos bastamos para el trabajo, normalmente. Si alguna vez nos sentimos cansados, contratamos a un par de hombres, que se dedican a embalar la mercancía, mientras nosotros nos cuidamos del etiquetado, señas, papeleos… No hay contratiempos para enviar alfombras persas a todo el mundo. Es una gran fuente de divisas, y todo lo facilitan mucho: se meten las alfombras en una de esas cajas, se pone la dirección adonde van, y los demás trámites son rápidos y sencillos, rutinarios. Le enseñaré ahora la vivienda. Mossad es un poco cochino, pero ya me he acostumbrado.

Volvieron por el mismo pasillo, y ya cerca de la tienda, Simón empujó una puerta, a su derecha. También aquella estancia tenía luz del día, por el tragaluz del techo. Había una mesa, una lámpara que pendía del techo encima mismo, sillas, almohadones en un rincón, butacas de junco… Enfrente mismo de la entrada, una puerta de cristales, por la que se veía un pequeño patio con palmeras y flores. A la izquierda de la entrada, unos fogones, con un hornillo de petróleo encima. Una alacena contenía vasos y platos… y una botella de *whisky*, que Simón señaló, riendo.

—Eso es probablemente lo único que Mossad jamás podrá robarme. No pueden beber licor… Me pregunto qué clase de religión es ésa. Oh, la refrigeración… La pongo en seguida.

Movió un interruptor, y el gran ventilador que había en un lado del techo comenzó a girar, lentamente. Brigitte alzó la cabeza y se quedó mirándolo, con una sonrisilla en los labios.

—No es gran cosa, ¿verdad? —dijo Simón.

—Pues… No. Verdaderamente, no, Simón. Me parece que su vida aquí no ha de ser muy agradable.

—Ya no importa. Bien… Me ocupé de preparar algo agradable para comer. Espero que le guste.

—A mí me gusta todo. ¿Qué es?

—«Chelo Kebab»… ¿Quiere verlo… y olerlo?

Brigitte se acercó y miró y olió la comida que había dejado prácticamente preparada el espía norteamericano: arroz blanco, cebollas, tomates, pepinillos, nata. Y el *kebab*, que son grandes trozos de carne, cuyo aroma hizo abrir los ojos a la espía.

—Huele muy bien.

—¿De veras? —se asombró Simón—. Demonios, es asombroso… ¿Le apetece algo más de lo que hay aquí? Leche agria, o sea, el *dugh*… Es efervescente. No se la aconsejo. Pero quizá sí le gustaría el *mast*… Es una especie de *kéfir*. De yogur, vamos.

—Comeré lo que usted coma y beberé lo que usted beba. Mi estómago es de hierro, Simón.

—Espléndido. Acabo de prepararlo en seguida. Le acercaré un sillón bajo el ventilador…

Puso uno de los sillones de junco bajo el ventilador, y Brigitte se sentó, suspirando. Encendió un cigarrillo y se quedó mirando a Simón, que parecía encantado de la vida, y, al mismo tiempo, un poco apesadumbrado.

—Presiento que éste no es lugar para usted —musitó.

—Si usted lleva años viviendo aquí, yo puedo estar unas horas, Simón. Y años, también, si fuese necesario.

—Lamento no poder ofrecerle nada mejor.

—Olvídelo, de veras. Usted es uno de mis Simones, y lo demás no importa. De todos modos, le daré ocasión de desquitarse.

—No comprendo…

—Quiero decir que le visitaré cuando esté usted instalado en Estados Unidos. La Central no me negará su dirección a mí.

El rostro del veterano espía se iluminó.

—¿De verdad haría eso? —exclamó—. ¿Irá a verme?

—Prometido. Y hasta podremos pintar un par de cuadros cada uno, charlando de los viejos tiempos. Yo también sé pintar un poco; y escribir, claro. Tengo un libro que quiero terminar, pero… no encuentro tiempo para ello. O quizá me da miedo terminarlo.

—¿Una novela? —sonrió Simón.

—No precisamente. Su título es «El decálogo del espía»…

—Ah… Me gustará leerlo, cuando lo publique. Apuesto a que nadie habrá dicho jamás tantas cosas interesantes como la agente Baby. Usted… es muy amable, señorita. Más aún. Yo diría… que es… Bueno…

—Adelante sin miedo —sonrió Brigitte—. ¿Qué soy?

—Cariñosa.

—Hermosa palabra.

—Mire… Si no le gusta mi *kebab*…

—Le repito que me gusta todo. Es decir: lo ingiero todo. En una ocasión estuve comiendo hojas de árbol durante dos días. No es broma, Simón. Sin embargo… Bien, hay algo que no pienso dejar de comer antes de marcharme de Teherán.

—¿Qué es?

—Auténtico caviar persa… ¡Y no me diga que también lo falsifican, como las alfombras!

—Hay de todo —sonrió Simón—. ¡Ahora mismo salgo a comprarle caviar persa! ¡El mejor del mundo! Si hubiera sabido…

—Comamos su *chelo kebab*. Dejaremos el caviar para otra ocasión.

—¿Esta noche? ¿Después de la compra del *microfilm*? Podemos celebrarlo… Los espías también tenemos derecho a celebrar las cosas.

—De acuerdo… —rió Brigitte—. Esta noche vendré a despedirme de usted y comeré caviar.

—Con champaña —brillaron los ojillos de Simón.

—Simón: usted es un adivino. Dígame: ¿cómo va a ser la… entrevista con ese misterioso vendedor del *microfilm*?

—En el Bazar, simplemente —Simón fue a acabar de preparar el almuerzo—. Convendría que usted se fuese de aquí hacia las cuatro. Es una buena hora, porque todo el mundo duerme. Luego, desde su hotel, vuelve aquí, y… ¿Sabrá volver?

—Desde luego. ¿Cómo entraremos en contacto el vendedor y yo?

—Usted debe llevar en la mano izquierda un libro de Saadi, el «Gulistan». Es su obra maestra…

—Ése sí lo he leído: «El jardín de las rosas», ¿no?

—Exacto. Saadi, precisamente, es el de la plaza, el que escribió esos versos que le he contado antes sobre el tipo que no tenía babuchas… Se llamaba Mouharrif-Ed-Din. Es posterior a Firdusi…

Me parece que esto tiene poca sal… Con el miedo de que no le gustase… A mi edad hay que tener mucho cuidado con la sal… ¿Tiene alguna inquietud respecto a esa cita, Baby?

—¿Hay algún motivo para eso?

—No sé. Espero que no. Pero… nunca se sabe. Supongo que va armada…

—Tranquilícese, vendedor de alfombras —rió la divina—. Esta noche, usted y yo tomaremos caviar con champaña.

Capítulo II

Había oscurecido ya cuando el pequeño personaje apareció en las callejuelas del Bazar de Teherán. Era delgado, muy moreno, llevaba unos grandes lentes oscuros y una gran cabellera negra, muy rizada, desordenada. Vestía completamente de blanco: pantalón, chaqueta, camisa, zapatos… Resultaba quizá un tanto estrafalario, y caminaba de un modo muy gracioso, con suavidad, pero dando la impresión de que alargaba sus pasos más de lo que normalmente debiera hacerlo. Más de un vendedor y numerosos compradores callejeantes le increparon maliciosamente, exclamando barbaridades que el jovencito de la larga melena tan rizada no tuvo en cuenta… o no entendió. Caminaba con sosiego, con aquellos pasos extrañamente largos. En su mano izquierda llevaba un libro: «Gulistan», de Saadi. Y colgado de su muñeca izquierda, un curioso y simpático maletín rojo con florecillas azules, que mereció también algún que otro comentario masculino. Realmente, aquel muchacho era como una figurita de porcelana…

Un hombre se detuvo ante él, miró el libro, y dijo, simplemente, en mal inglés:

—Sígame.

El mozalbete vestido de blanco no se inmutó.

Ni siquiera pareció haber oído. Pero, cuando el hombre se alejaba, se fue tras él, siempre sin prisas, fija su mirada en la espalda del otro, que iba en mangas de camisa y llevaba unos viejos pantalones, sandalias, y un deteriorado *fez*.

El bullicio era espantoso en verdad. Cientos de vendedores gritando, ofreciendo sus mercancías, en una cantilena inacabable, que a fuerza de monótona se iba clavando en el cerebro, de un modo obsesivo, agotador, enloquecedor… Hacía un calor insoportable, y la gente andaba golpeándose con los hombros, sudando, hablando excitadamente. En las ventanas, hombres en

prendas menores se hacían la ilusión de estar más frescos… Las tiendas, la mayoría poco iluminadas, parecían cuevas amarillas, llenas de los colores de las alfombras, del brillo de los objetos que se vendían: elefantes tallados, relojes, ventiladores, navajas… y alfombras, alfombras, alfombras… Un grupo de turistas hablando en italiano parecían estar pasándolo estupendamente, a pesar de que el sudor resbalaba a chorro por sus rostros, haciéndolos brillar…

El hombre del *fez* se había vuelto un par de veces, para asegurarse de que el afeminado mozalbete que llevaba el libro de Saadi continuaba tras él. Ya no se volvió más, quizá porque comprendió que tal ejemplar humano, por delicado que pareciese, no era de los que perdían el paso.

Rápidamente, fueron abandonando las callejas más atestadas de vendedores, desplazándose hacia la parte Sur. Las calles se estrechaban, pero la ausencia de paseantes las hacían más transitables. Pasaron por dos o tres que apenas permitían el paso de dos personas juntas. Luego, llegaron a otra más ancha, solitaria, a cielo descubierto, pero con las sombras de parras que iban de casa a casa, como formando un tejado fresco. Se veían muchas ventanas abiertas, y de cuando en cuando se veía el rojo punto de la brasa de un cigarrillo. Algunas de las parras crecían en la misma calle, grueso, retorcido el tronco. Por encima de una tapia baja se veían las copas de algunas palmeras. Hacía el mismo calor allí, pero el cambio de ambiente producía una impresión de frescor que no por ser falso dejaba de consolar…

El hombre del *fez* se detuvo en un portal, por fin. Y el personaje vestido de blanco llegó allí pocos segundos después, lentamente, con la mano derecha metida en un bolsillo del pantalón. La iluminación era prácticamente nula, pero suficiente.

—¿Trae el dinero? —preguntó en su pésimo inglés el del *fez*.

—Quiero ver primero la mercancía.

—Primero el dinero.

—Primero quiero ver qué es lo que compro —insistió, con fina voz, el mozalbete—. O eso, o nada.

—Espere… Venga. Podemos llegar a un acuerdo, se lo aseguro.

—No lo dudo. Pero sin *microfilm*, no hay dinero. Doscientos cincuenta mil dólares son demasiados para andar jugando con

ellos… ¿Me explico?

—Aunque le entregue el *microfilm* ahora, no podrá ver nada de su contenido…

—Eso es cuenta mía. Entréguemelo.

—Bien…

El mozalbete subió al amplio portal, siempre dando la cara al hombre del *fez*, que parecía tener intención de salir de allí, de modo que el joven del traje blanco tuvo que ir girando, para no darle la espalda en ningún momento, prefiriendo volver la espalda al oscuro portal.

Error.

Un brazo desnudo, fortísimo, apareció de la oscuridad, rodeando rápidamente, por detrás, la garganta del mozalbete, que respingó, pero no pudo hacer el menor movimiento… Es decir, prefirió no hacerlo cuando notó en su espalda, a la altura de los riñones, la fuerte presión de algo durísimo.

—Saque la mano derecha del bolsillo… ¡Pronto! Ven, Amid, ya lo tengo… Quítale el maletín. Debe llevar el dinero ahí dentro…

El hombre del *fez* se acercó rápidamente y arrebató el maletín al mozalbete, tirando el libro de Saadi al suelo. Lo abrió y metió la mano dentro, afanosamente, con un gesto de codicia…

—No se mueva —ordenó la voz desde atrás—. Mi cuchillo puede partirlo en dos en un instante…

—¡Aquí no hay nada! —exclamó sordamente Amid—. ¡Aquí no hay dinero, Tukar! Sólo hay cosas raras… ¡El muy puerco! ¿Con quién se ha creído que está tratando? —Una enorme navaja apareció en la diestra de Amid, que colocó la punta en la garganta del jovencito vestido de blanco, por encima del brazo de Tukar—. Queremos el dinero… Doscientos cincuenta mil dólares… ¿Dónde está?

—En lugar seguro. Y no los tendrán hasta que yo tenga el *microfilm*.

—Escuche, jovencito, no tenemos por qué fiarnos de la CIA, de modo que…

—Tampoco la CIA tiene por qué fiarse de ustedes. Díganme qué contiene el *microfilm*, y si me interesa, es posible que les pague antes de recibirlo. De lo contrario…

—Regístralo —dijo Tukar—. Es posible que lleve el maletín para

desorientarnos, y que el dinero esté en sus bolsillos. Regístralo bien. Y quítale la pistola que lleva en el bolsillo.

Esto fue lo primero que hizo Amid. Por un instante, miró con curiosidad la pequeña pistolita. Luego, se la guardó, y palpó los demás bolsillos del pantalón del joven, las perneras. Ascendió a la cintura, luego al torso… Se detuvo en seco a la altura de los pectorales, y lanzó una contenida exclamación.

—¡Es una mujer! ¡Esto…! ¡Aaauggfff…!

Amid acababa de recibir un tremendo puntapié en el bajo vientre, que lo tiró al suelo convertido en una bola, gimiendo. Simultáneamente, Tukar, por simple instinto, apretó la navaja contra los riñones de la recién descubierta dama; no apretó demasiado, porque sabía que la hoja estaba muy bien afilada, y que cortaría la carne como si fuese mantequilla… Y así debió haber sido, pero… la hoja no se hundió, quedó frenada, detenida, como si la piel de aquella mujer fuese de roca. El desconcierto le costó muy caro a Tukar… Carísimo.

Baby se movió lo justo para lanzar su codo hacia atrás, con toda su fuerza. El golpetazo fue tan fuerte que Tukar lanzó un grito de dolor, y su brazo izquierdo dejó de apretar la garganta de la más peligrosa espía del mundo, que tras el golpe hacia atrás giró en sentido inverso al brazo de Tukar, saliendo del cepo. Tukar estaba encogido, dolorido, pero su diestra se movió velozmente, lanzando una cuchillada baja, paralela al suelo, hacia el vientre de la espía. Brigitte cruzó ambas manos delante del arma, frenando la muñeca de Tukar. La asió, le dio la vuelta, y Tukar lanzó por fin un alarido y tuvo que tirarse al suelo siguiendo la torsión, soltando el cuchillo… Un puntapié en el hígado lo dejó paralizado, de un extraño color blanco su moreno rostro.

Amid se estaba poniendo en pie, sacando de un bolsillo la pistolita que antes había quitado a la espía… No llegó a tiempo. Recibió en plena frente un hachazo tremendo, que lo tiró contra la otra pared como si fuese un muñeco sin peso alguno. Se oyó el «cloc» de su cabeza contra aquella pared, y cayó como fulminado, inerte ya.

Brigitte se inclinó velozmente, recogió su pistolita de cachas de madreperla y se volvió hacia Tukar… Pudo ver el brillo de la navaja, como un relámpago de plata, que iba directo a su pecho,

lanzada desde el suelo por Tukar. Al mismo tiempo que el cuchillo llegaba al pecho de Brigitte, ésta apretaba el gatillo de su pistolita, con una crispación nerviosa, arrepintiéndose en seguida. Pero, realmente, de nada iba a servir conservar vivo a Tukar, puesto que no podría llevárselo de allí.

Y Tukar, con la bala en la garganta, mientras un chorro de sangre brotaba de su boca, todavía pudo ver cómo su cuchillo, tras llegar al pecho de la mujer disfrazada y parecer hundirse allí, volvía a salir y caía al suelo. Ciertamente, Tukar murió sin darse cuenta: estaba demasiado ocupado en asombrarse ante aquel sorprendente hecho…

Se oían voces hacía algunos segundos, y se encendían luces en algunas ventanas. Por ambos extremos de la calleja llegaban hombres corriendo… Brigitte buscó en el suelo su maletín, lo recogió rápidamente, lo cerró y se incorporó, mirando a ambos lados. De pronto, miró hacia arriba, y sus espantados ojos se clavaron en la gran rama de parra que iba de una a otra pared. Se pasó el asa del maletín por la muñeca izquierda, se encogió, y saltó… Un salto increíble, que la llevó hacia arriba como si hubiera sido lanzada por un trampolín vibrátil. Su manita derecha se asió a la parra, y la izquierda lo hizo en seguida. Recibió un golpe en plena boca con el maletín, pero eso no tenía la menor importancia. Una agilísima y perfecta flexión la colocó doblada sobre la rama, por el vientre… Y justo cuando ponía un pie allí, uno de los hombres que llegaban saltaba hacia ella. Sus manos pasaron rozando el otro pie de la espía, que quedó en seguida en difícil equilibrio sobre la rama. Bajo ella, varios hombres se apiñaron, gritando, señalándola… Había más luces cada vez en todas partes…, excepto en los tejados.

Un hombre alto y seco saltó hacia la rama, alcanzándola con relativa facilidad, haciéndola temblar tanto que Brigitte estuvo a punto de caer, ante la expectación de la docena de hombres que esperaban abajo… En vano, porque tras la primera sacudida, ella se desplazó rápidamente hacia la pared, sujetándose allí a otras ramas. Los de abajo gritaban al hombre que había alcanzado la rama, y que estaba colocándose de rodillas sobre ella, gateando hacia Brigitte, que tras mirar hacia arriba y ver el saliente del tejado, volvió a mirar hacia el hombre… Lo tenía a menos de dos pies. Y de pronto,

para asombro de todos, sosteniendo el equilibrio increíblemente, lanzó un puntapié a la barbilla del hombre, tirándolo encima de los que vociferaban abajo.

Hubo un revuelo en el grupo. Y cuando volvieron a mirar hacia el personaje vestido de blanco, éste había desaparecido.

Ya en el tejado, Brigitte no se entretuvo en mirar hacia abajo, sino que se desplazó a toda prisa, alejándose de allí. Saltó tres o cuatro tejados antes de detenerse en el borde de uno, encima de un patio con palmeras. Se quitó rápidamente el traje blanco, que tiró a aquel patio interior. Luego, se quitó la peluca, que iba forrada de fibra de titanio, y la guardó en el maletín; hizo lo mismo con aquella especie de fino jersey de color plateado, asimismo de fibra de titanio, y que había detenido las cuchilladas de Tukar… Si detenía una bala del 45…, ¿cómo no había de detener una simple cuchillada? Verdaderamente, no hay nada que alargue más la vida de los espías que la prevención, la suposición de cualquier peligro.

Ya guardado todo en el maletín, excepto la pistolita, Baby estuvo unos segundos mirando a todos lados, escuchando, inmóvil. Bajo el blanco traje del que se había desprendido, una malla negra cubría completamente su cuerpo, de tal modo que era imposible verla en la oscuridad.

Se oían voces por los tejados, y pisadas, resbalones… Media docena de hombres aparecieron muy pronto, diciendo cosas que Brigitte no entendió. Dos de ellos pasaron a menos de tres yardas de donde se hallaba acurrucada, encogida, entornados los ojos para que no destacase el blanco de la córnea; la pistolita, en su mano, seguía los movimientos de los más cercanos. Seguramente, aquella gente no tenía nada que ver con lo sucedido, pero no cabía duda de que esperaban obtener algún beneficio de su intervención, antes de que la Policía tomara cartas en el asunto.

Hubo una acalorada y precipitada discusión, y los hombres volvieron hacia la calleja…, dejando allá, sombra entre las sombras, a la más audaz espía de todos los tiempos. Ninguno de ellos sabría jamás la suerte que había tenido al no encontrar al felino agazapado. No verla fue para ellos el mejor de los negocios: conservar la vida.

Un par de minutos después de que los hombres se hubieron marchado, Brigitte sacó la faldita blanca y el jersey negro de su

maletín, todo ello de fibra finísima; apretando ambas prendas, casi cabían en una mano. Vaciló, las volvió a guardar, y se deslizó por los tejados hasta encontrar el lugar apropiado para el salto a una de las callejas. No se veía a nadie, y aprovechó para ponerse rápidamente la faldita, el jersey y unos flexibles zapatos-mocasín. Luego, balanceando su rojo maletín, se alejó de allí, sin volver la cabeza, pero con sus finísimos oídos siempre atentos a los ruidos de su espalda.

Diez minutos más tarde, lejos de allí, metida en un oscuro portal, apretaba el botón de llamada de su radio de bolsillo. Durante más de quince segundos, estuvo oyendo el «bip-bip-bip» de la llamada… Y cuando comenzaba a notar aquella angustia de siempre, sonó, de pronto, excitada, la voz de Simón:

—¡Demonios, no sabía cómo funcionaba esto! ¿Es usted, Baby?

—Claro —musitó la espía—. ¿Está bien, Simón?

—Por supuesto. Tengo el caviar a punto… Por cierto: ¿cómo le gusta? ¿Con cebolla, con mantequilla, con tomate, con limón…?

—Mantequilla —sonrió Brigitte—. Y una pizquita de cebolla, muy bien trinchada. Pan tierno, desde luego.

—Perfecto. ¿Ha efectuado el negocio?

—No.

—El champaña está frío como… ¿Qué? ¿No ha comprado el *microfilm*?

—Juego sucio, Simón.

—No comprendo… ¿Juego sucio? ¿Por parte de quién?

—No sé. De su recomendado, supongo.

—Pero… ¿qué ha ocurrido? ¿Está usted bien?

—Sí. Me preocupaba usted. ¿No ha tenido molestias?

—No… No, no. ¿Dónde está? ¡Iré a buscarla inmediat…!

—No. Yo iré ahí. Aunque quizá sería mejor que usted abandonara ese lugar, Simón. Podemos vernos en otro sitio.

—¡Tonterías! Estaremos seguros aquí. Además, podrá contarme lo que ha sucedido mientras tomamos el champaña con caviar. O al revés… Por todos los demonios, no comprendo esto… Yazdeg me aseguró que el negocio era serio, Baby. Me parece absurdo que hayan jugado sucio… ¿Qué podían pretender con ello?

—Ni idea. Pero esta clase de citas me tienen ya muy escarmentada, de modo que acudí preparada para todo. De lo

contrario, estaría muerta. No sé qué podían querer: mi vida, alguna jugada que desconozco por completo… No sé, Simón. Pero, si me guío por mi impresión más insistente, querían, simplemente, los doscientos cincuenta mil dólares.

—¿Y se los dio?

—No los llevaba encima. No soy tan cándida, Simón. Cuando alguien trata conmigo, tiene que aceptar mis disposiciones, no yo las de otras personas.

—Pero esto es absurdo… ¿Cómo habían de hacer un trato con la CIA sólo para robarla un cuarto de millón? Es una tontería.

—Así parece. Aunque las apariencias… son sólo eso. ¿Está seguro de que ahí se halla a salvo, Simón? Insisto en que…

—Oiga, yo la he invitado a caviar con champaña, y usted va a venir aquí, a menos que no quiera aceptar mi invitación. ¿Es eso?

Brigitte sonrió en la oscuridad y movió la cabeza como quien muestra su tolerancia ante un niño terco y travieso.

—Estaré ahí dentro de quince o veinte minutos, Simón. No saque el champaña del hielo hasta entonces. Me gusta muy frío.

—¿El caviar también?

—Bueno, sí, pero… menos frío. Moderado.

—*Okay*… Oiga, no es broma, me ha costado un ojo de la cara: auténtico caviar persa, de veras. Pero, hijita, usted se lo merece. Demonios, van bien estos aparatitos, para hablar con discreción. ¿Quince minutos?

—Aproximadamente. Estoy un poco desorientada, pero encontraré el camino. Hasta ahora, espía.

—¡Je! Un pobre hombrecillo de edad madura y vendedor de alfombras, eso es lo que soy. Hace tanto tiempo que no hago nada importante, que casi siempre olvido que soy un espía… Aunque no crea que ignoro el gran privilegio que significa trabajar con Baby. Recuerdo que hace un par de años, un compañero que había estado en Istanbul…

—Simón, esto no es un juego. Guarde la radio, saque su pistolita de donde la tenga, y esté vigilando muy atentamente hasta que yo llegue. Es todo.

* * *

Llegó en poco menos de veinte minutos a la calle donde Simón tenía su tienda. Había una considerable animación, y, como contraste, la tienda de Simón, cerrada, sugería la existencia de un comerciante muy poco ambicioso.

Brigitte se detuvo algunos pasos antes de la puerta de la tienda, para mirar disimuladamente a todos lados. Parecía que nadie le prestaba más atención de la normal que se concede a una hermosa mujer. Un mendigo ciego, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, a menos de cinco yardas, imploraba limosna en una súplica constante, con los blancos ojos vueltos hacia el cielo. Horrible. Y, desde luego, no se podía decir que su «negocio» fuese próspero… Una pandilla de muchachos muy jóvenes merodeaban por la calleja, mirando con expresión hambrienta a todos lados. A buen seguro que el vendedor que se descuidase un instante iba a ver muy mermadas sus ganancias cuando recogiese las mercancías para retirarse…

Se acercó a la puerta y la empujó, tras mirar en vano hacia el interior, a través de los cristales. Estaba tan oscuro que hacía falta ser un auténtico felino para ver algo allí dentro.

Entró, cerró tras ella y se dirigió a tientas hacia la puerta que daba al pasillo que llevaba al almacén y a la vivienda. Apenas se detuvo ante esta puerta, vio la luz, al fondo y oyó el rumor del motor del ventilador… Evidentemente, Simón era muy considerado, y lo demostraba refrescando la estancia para recibirla.

—Simón.

Silencio.

Un segundo, dos, tres… Diez segundos de silencio.

—¿Simón?

Silencio.

La pistolita pasó a la mano de Baby. Una mano bruscamente fría, endurecida, casi temblorosa. Conocía muy bien aquella clase de silencio, y a lo largo de su vida de espía había tenido muchos disgustos como el que, sin duda, le esperaba.

Recorrió silenciosamente el corto pasillo auxiliar hasta llegar al mismo umbral de la vivienda. Efectivamente, el ventilador estaba en marcha. Todo estaba igual que aquella tarde: los muebles, la mesa… En la mesa se veía un cubo con hielo, de entre el cual sobresalía el cuello de una botella de champaña. Junto al cubo

había platos, cubiertos, servilletas blanquísimas, una pequeña bandeja con cebolla muy bien trinchada, tomates, limones… Y un jarrito con unas hermosas flores muy frescas, amarillas, preciosas… Todo seguía igual, excepto el contenido de la mesa… Y Simón.

Estaba sentado, derrumbado más bien, en uno de los sillones de junco. Su calva cabeza tostada por el sol se ofrecía a la mirada de Brigitte, ya que la tenía inclinada sobre el gordo pecho. Llevaba un traje nuevo, también blanco, pero muy bien planchado, limpio. Sin duda, se lo ponía muy pocas veces, y en aquella ocasión lo había hecho en honor de su cariñosa invitada.

—Simón… —gimió Brigitte.

Se acercó rápidamente a él, dejando la pistola sobre la mesa. Asió delicadamente el rostro de Simón, con ambas manos, por las barbudas mejillas, alzándolo… Simón tenía los ojos abiertos, como si hubiese estado mirando las manchas de sangre todavía fresca que tenía en el pecho. Había recibido por lo menos tres balazos en el corazón… Tres, quizá cuatro balas, habían cortado la carrera de un espía.

—Por Dios, no… No es justo, no…

Brigitte se dejó caer en otro sillón, justamente el que estaba bajo el ventilador. Incluso para morir, Simón había escogido el sillón menos fresco, dejando a Baby el otro, esperándola. La espía notaba aquel tremendo nudo en la garganta, y sentía unas ganas incontenibles de llorar.

—No es justo —repitió en un susurro—. ¡No es justo!

Miraba como obsesionada al simpático Simón. Sí… Tenía más de cincuenta años, desde luego. Edad para que un espía piense en retirarse, so pena de sobrecargar demasiado la resistencia de su corazón. Un año y medio más tarde, Simón habría estado en la patria, junto a los Grandes Lagos, pintando, escribiendo algún libro, fumando en pipa… No era un espía para ser asesinado, sino de esos a los que los grandes, auténticos espías, no le hacen caso; lo apartan de un manotazo y siguen su camino, pero sin matarlo. ¿Para qué? ¿Para qué matar a un hombre como aquél, que pensaba más en su negocio de alfombras, en pintar cuadros dentro de año y medio, que en el espionaje? Había sido un asesinato estúpido, innecesario. Quien había hecho aquello, entendía el espionaje de modo completamente opuesto a como lo entendía la agente Baby.

Ésta suspiró, se puso en pie y fue hacia la mesa. Tocó la botella de champaña, que estaba helada entre los trozos de hielo. Encima, estaban los dos tarritos de caviar persa… Sólo que Simón ya no podría tomar caviar con champaña. Su cena había sido muy diferente: balas. Caviar con balas…

El ligero ruidito llegó como un timbrazo fortísimo de alarma al fino oído de la divina espía, que volvió la cabeza, sobresaltada, hacia la puerta del pasillo.

Capítulo III

No había nadie allí, en la puerta del pasillo… Pero alguien iba a llegar de un momento a otro. El ruidito se había producido en la tienda, sólo que, al tener tan fino el oído, Brigitte lo oyó aparentemente más cerca, más fuerte, más claro.

Sin hacer ella el menor ruido, rapidísima, fue hacia la puerta que daba al pequeño patio con flores y palmeras, la abrió y salió como una exhalación, dejándose caer en seguida de rodillas, vuelta hacia la vivienda. Se quedó como petrificada, lista la pistolita, mirando por el ángulo de uno de los cristales…

Ni siquiera tres segundos más tarde, apareció el hombre. Un ejemplar impresionante…, incluso más que la imponente pistola provista de silenciador que llevaba en la mano derecha. Debía medir no menos de un metro noventa, era de un rubio clarísimo, y tenía los ojos muy grandes, grises, de párpados estirados; su mandíbula era recia, grande, solidísima, muy de acuerdo con la bocaza fina, dura, plegada en un gesto seco, sin duda producido por la presencia del cadáver de Simón. Estuvo inmóvil en el umbral unos segundos, mirando a Simón, con un extraño gesto de contrariedad. Como si se sintiera disgustado. Luego, de pronto, su inteligente mirada cambió de dirección, hacia la puerta de cristales que daba al patio, y Brigitte apenas pudo contener el respingo, encogiéndose, escondiéndose… Con lo cual dejó de ver al desconocido.

Cuando volvió a asomar la cabeza, con la cautela debida, el gigante desconocido estaba de lado con respecto a ella, delante de Simón, mirándolo con el ceño fruncido, y todavía en su rostro aquel gesto de disgusto. Se apartó, de pronto, y fue hacia la mesa. Sacó la botella de champaña del hielo, miró la marca y sonrió secamente. Luego, miró los dos tarritos de caviar, la bandeja con cebolla trinchada… A medida que iba mirando aquello, se iba volviendo, de

modo que, por fin, quedó completamente de espaldas a Brigitte.

Y la espía no esperó más. Se deslizó rápidamente, abrió la puerta y quedó acuclillada en el umbral, apuntando a la cabeza del desconocido, por la nuca.

—No se muev…

El hombre se había vuelto como una centella, y su enorme pistola quedó apuntando a Brigitte, con una firmeza aterradora. Y con una decisión que hizo estremecer a Brigitte. Durante unos segundos, los dos estuvieron inmóviles, mirándose fijamente, intensamente.

—Sabía que había alguien ahí —dijo por fin el hombre—, y me pareció que debía darle una oportunidad. ¿Por qué no la ha aprovechado?

Hablaba en inglés, muy correctamente, pero con un ligero acento ruso que Brigitte captó en el acto.

—A veces —replicó— vale más un enemigo vivo que un enemigo muerto.

—Pero no siempre, ¿verdad? —El hombre señaló a Simón—. ¿Él valía más muerto que vivo?

—¿Supone que lo he matado yo?

—¿No?

—No.

—Bien —el ruso sonrió, de pronto, pero secamente—. Estamos empatados. ¿Quién aprieta primero el gatillo?

—Usted ya lo apretó antes. ¿Era necesario matarlo? —señaló ahora Brigitte a Simón.

—Lamentable equivocación, señorita… Yo no mato a personas simpáticas.

—¿Ni aunque sean espías?

—Precisamente, los espías son las personas más simpáticas. ¿Por qué matar a Luke Nickols? —volvió a señalar a Simón—. Era un americano amable y divertido. De la CIA, por supuesto, pero eso no es suficiente para matarlo. No para mí, al menos.

—¿A pesar de ser usted un agente de la MVD?

—A pesar de eso. Nunca me gustaron los leones que cazan conejos. ¿Conocía bien a Nickols?

—No… —musitó Brigitte—. No demasiado.

—Yo, sí. Hace más de dos años que sé que trabaja para la CIA

Me hacía gracia. Una vez le vi salir de Teherán, en su coche, y me pareció que sería interesante seguirlo… ¿Sabe adónde fue y qué hizo? Se puso a pintar, cerca de Veramin. Era inofensivo.

—Así lo pienso yo —admitió Brigitte.

El ruso asintió con la cabeza.

—Bien… ¿Qué hacemos? ¿Se le ocurre algún modo de solucionar esta situación tan ridícula?

—Se me ocurre uno, pero quizá no le guste.

—Dígalo.

—¿Por qué no guarda su pistola?

El ruso entornó los ojos, y estuvo tres o cuatro segundos mirando fijamente a Brigitte, todavía acuclillada, tensa, alerta. De pronto, guardó la pistola y se quedó erguido, con los brazos en jarras y con una chispa irónica en sus ojos. Impresionada, Brigitte se irguió, bajando la mano con la pistolita.

—Podemos realizar una… *entente cordiale* —dijo el ruso—. Porque, naturalmente, según comprendo ahora, usted es de la CIA también.

—En efecto.

—¡Bien! En tal caso, nos hemos reunido dos buenos amigos del pobre Nickols…

—¿Usted era amigo suyo?

—En cierto modo, claro… Como le he dicho, me hacía gracia. Era un pobre hombre que ya había olvidado lo que es el espionaje. Su muerte no significa nada para nadie, en el sentido de beneficio, claro. No había por qué privarlo de la vida, para que regresase a Estados Unidos a pintar. Sinceramente: me fastidia que maten a personas como él.

—Parece que tiene usted un código muy… especial, señor…

—Oh… Puede llamarme Alexei. Alexei Romanof, por ejemplo. Y, efectivamente, considero que los fuertes debemos ser tolerantes con los débiles. ¿Cómo debo llamarla a usted?

—Mmmm… ¿Le parece bien Monique Lafranee?

—Me parece estupendo. ¿Necesita alguna clase de ayuda?

—Supongo que no habla en serio —sonrió Brigitte.

—Pues supone mal. Pero, evidentemente, me refiero al asunto de Luke Nickols. Aunque no soy amigo de sentimentalismos, creo que siempre que sea posible, un espía debe reposar en su patria.

Quizá podría ayudarla a enviar allá su cadáver. ¿O se bastará usted sola?

Brigitte estaba francamente desconcertada.

—Podría hacerlo sola, pero su ayuda simplificaría las cosas. Nickols pesa demasiado para mí.

—Ah… Entiendo. Los envíos de alfombras, ¿no es eso? Si es eso lo que quiere, la ayudaré. Yo sí podré con el simpático gordito. Usted puede hacer la etiqueta. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —musitó Brigitte, ya decididamente impresionada.

Alexei Romanof se cargó el cadáver de Simón como si pesase media libra, y salió de la vivienda. Brigitte fue tras él, hacia el almacén. Encendió la luz y Romanof fue directo a una caja vacía. Dejó junto a ella el cadáver, y luego apartó varias alfombras, que fue colocando, planas, una encima de otra. Enrolló con ellas el cadáver de Simón, volcó la caja, metió dentro el gran fardo, y la colocó de nuevo en posición vertical.

Brigitte lo había estado mirando con rápidos vistazos mientras ponía la dirección del envío en una de las etiquetas que había en un pequeño buró junto a la entrada del almacén. Cuando la terminó, Romanof estaba clavando la caja. Brigitte se acercó ya, con la etiqueta humedecida en goma arábiga. Era poco probable que se soltase. La pegó a la madera y se quedó mirando al ruso, que acabó rápidamente el trabajo.

—Deberíamos marcharnos de aquí —dijo el ruso—. Tengo un coche fuera del Bazar. ¿La llevo a algún sitio?

—¿No quiere mirar la dirección de la etiqueta?

—No me serviría de nada. Sé muy bien que hay miles de sitios y de nombres a disposición de la CIA Vamos, vamos, señorita Lafrance, no soy como el pobre Nickols. Solamente concedo importancia a lo que realmente la tiene. ¿Nos vamos?

Brigitte asintió con la cabeza. Se quedó unos segundos mirando aquella caja que alfombras y un cadáver. Era de esperar que Luke Nickols llegase a la patria… para ser enterrado. No… No era justo.

—Adiós, Simón —musitó.

Captó en el acto el rapidísimo movimiento de Romanof. Cuando lo miró, el ruso la miraba a su vez, con los ojos entornados, pero visible la chispa de interés en sus pupilas. Un gran interés,

asombro… y casi sobresalto.

—¿Simón? —susurró—. ¿Lo ha llamado Simón?

—Así es.

—Baby —el ruso la apuntó con un dedo—. Usted es la agente Baby… He sido un imbécil… ¡Debí comprenderlo en seguida!

—Usted está delirando, señor Romanof.

—Ah, no… ¡Sé muy bien que no! Y tiene que ser así, es lógico… Un asunto tan importante… Claro… Forzosamente, tenían que enviar a Baby.

—Me parece que no sé de lo que está hablando. ¿A qué asunto tan importante se refiere?

—Oh, vamos… Escuche, esto puede ser tan importante para Estados Unidos como para Rusia. ¿No lo comprende?

—Temo que no, señor Romanof.

—Mire… Sé muy bien que la agente Baby de la CIA llama Simón a todos sus compañeros. Son cosas que han llegado al Directorio… Precisamente, esa costumbre suya nos ha privado en ocasiones de identificar algunos agentes. Dicen que usted es inteligentísima… ¿No quiere demostrármelo?

—¿De qué modo?

—Haciendo un pacto conmigo.

—Me agrada su sentido del humor, señor Romanof. Pero quiero aclarar dos cosas. Una, no soy Baby. Dos, no me fío de usted.

—Ah… Muy bien. De acuerdo: usted no es Baby. Pero le convendría confiar en mí. Yo he perdido la pista de ese *microfilm*, y de Feth Zirar… ¿Sabe usted dónde está Zirar, o el *microfilm*?

—Ni siquiera sé de qué me habla.

—¿No? Bien… No me gusta insistir tanto. Naturalmente, espero arreglármelas solo, pero pensé que entre los dos conseguiríamos mejores resultados. Así nos despedimos, señorita… Lafrance. Adiós.

—Espere… ¿Quién es Feth Zirar?

—¿De verdad no lo sabe?

—No.

—Vaya… ¿Pero usted ha venido o no ha venido a Teherán a comprar un *microfilm*?

—Supongamos que sí.

—Escuche —frunció el ceño el ruso—. Si quiere que trabajemos juntos, por mí está bien. Pero no quiero más reticencias. Las cosas

claras, o cada uno se va por su lado.

—De acuerdo —musitó Brigitte—: vine a comprar un *microfilm* que, según parece, es de gran importancia internacional.

—¡Exactamente! Yo estuve en contacto con Feth Zirar hace días. Zirar es el hombre que está dispuesto a vender el *microfilm*… ¿No se lo dijo Nickols?

—No. Nickols no conocía a Zirar. El trato se hizo por medio de uno de los hombres de Nickols.

—Entiendo… Mire, Zirar me dijo lo mismo a mí: que tenía en venta un *microfilm* importantísimo, de gran importancia para Rusia…

—Nickols también me dijo que era importante para Estados Unidos.

—¿Se da cuenta? Podemos buscar juntos ese *microfilm*… Feth Zirar ha desaparecido. Quedamos en vernos hoy, en determinado lugar, donde yo tenía que entregarle un millón de rublos a cambio de ese *microfilm*. O de una copia, es evidente ahora: pensaba vender una copia a la CIA y otra a la MVD Y quizá más copias a otros agentes…

—¿Feth Zirar no se presentó a la cita con usted?

—No. Entonces, pensé que Luke Nickols, al fin y al cabo un agente de la CIA, quizá había hecho una gran jugada. Hace tiempo que lo tengo identificado y localizado, pero el pobre hombre sólo hacía pequeñas cosas que no merecían mi interés. Este *microfilm* sí lo merecía, de modo que vine a ver a Nickols un tanto… enfadado. Pero está claro que Nickols no tiene el *microfilm*, ni ha tenido nada que ver con la no comparecencia de Feth Zirar en su cita conmigo. También me parece claro que usted no tiene el *microfilm*. Entonces…, ¿quién lo tiene? ¿Dónde está Feth Zirar?

—Sobre esto puedo yo exponer una teoría, señor Romanof… ¿Le han atacado a usted?

—No… ¿A usted sí?

—No hace ni una hora. Me citaron para entregarme el *microfilm* a cambio de un cuarto de millón de dólares. Pero no estaban dispuestos a entregarme ningún *microfilm*. Me pareció que sólo, querían el dinero.

—Eso es absurdo… La mentalidad de Feth Zirar no es ésa, se lo aseguro.

—¿Por qué no me dice quién es exactamente ese Zirar?

—Pues… Un persa muy… espabilado, que se dedica a toda clase de negocios sucios. Últimamente no le veía mucho, y tengo la impresión de que estaba trabajando en algo de envergadura…

—Algo que puede afectar, por lo menos, a Estados Unidos y Rusia… ¿No le parece?

—Evidentemente… Sí. Así tiene que ser.

—Voy a exponerle mi punto de vista: Feth Zirar, efectivamente, piensa vender a la CIA, a la MVD y quizá a alguien más unas copias de determinado *microfilm* muy importante. Se cita con usted, y también conmigo. Pero no acude a la cita con usted, y, en cuanto a mí, me atacan dos hombres que sólo quieren el dinero… ¿Solución, señor Romanof?

El ruso se pasó la lengua por los labios, mirando con expresión admirativa a Baby.

—Es simple… —musitó—. Ese *microfilm*, posiblemente, no pertenecía a Feth Zirar, y fue atrapado cuando quería robarlo para venderlo.

—O bien, si le pertenecía, fue descubierto en sus intentos de negociar por su cuenta. En cuyo caso, lo atraparon, lo torturaron, y le obligaron a decir todo lo que sabía sobre el asunto. De ahí que a mí me esperasen para quitarme los doscientos cincuenta mil dólares, mientras que Feth Zirar no debe estar pasándolo muy bien. ¿Lógico hasta aquí?

—Desde luego.

—Ahora —Brigitte sonrió secamente—, hay algo que ya no me parece tan lógico. Si a mí me atacaron para quitarme el dinero…, ¿por qué no le atacaron a usted?

Alexei Romanof parpadeó, como sorprendido.

—Bueno —musitó al fin—. Quizá pensaron que a mí no iba a ser fácil quitarme un millón de rublos.

—Sí… Quizá fue eso.

—No puedo culparla por desconfiar de mí.

—No sé… Lo único cierto por ahora, es que Feth Zirar ha desaparecido, que ya no podrá vendernos ese *microfilm* a ninguno de los dos, y que Luke Nickols ha muerto. Eso corta por completo todas las pistas, ¿no está de acuerdo? ¿O quizá tiene usted alguna?

—Pensé… que la tendría usted.

—Pues no. Lo lamento.

—Extraña situación, ¿no es cierto? —sonrió de pronto el ruso.

—Es una situación cualquiera de espionaje. Normal.

—¿Normal? Señorita Lafrance, normalmente, usted y yo andaríamos a tiros.

—No me ha parecido usted de ésos, señor Romanof. Por eso estoy hablando con usted. De otro modo…

—Entiendo —sonrió de nuevo el ruso—. Bien, parece que los dos estamos un poco desorientados. El asunto interesa tanto a su patria como a la mía. ¿Seguimos juntos o nos separamos?

—Yo creo que lo más lógico es que nos separemos, ¿no?

—Como quiera. En realidad, no pudiendo ayudarnos, resulta un tanto extraña nuestra… alianza. Jamás me había ocurrido nada parecido. De donde se desprende que, como yo, usted también es una espía… un poco especial, ¿no le parece?

—Pero no soy Baby.

Alexei Romanof sonrió secamente y se dirigió hacia la salida del almacén.

—Si me necesita para algo, o le parece interesante una nueva entrevista —dijo—, sólo tiene que llamarme por la radio de bolsillo.

—¿Qué radio de bolsillo? —se asombró Brigitte.

—La que le he quitado a Nickols —la mostró el ruso, sonriendo ampliamente—. Espero que no se lo tome usted a mal.

—Esa es una jugada sucia, señor Romanof.

—No tanto, porque sabiendo usted que yo la tengo, no hablará con nadie más por la radio…, a menos que esté dispuesta a que yo escuche la conversación. ¿Sale usted primero, o lo hago yo?

—Por una vez, los caballeros primero, señor Romanof.

—Pues hasta la vista… ¿No le gustaría cenar conmigo?

Brigitte abrió mucho los ojos, sonriendo irónicamente.

—¿Lo dice en serio?

—Sí. Pero… comprendo que no puede ser. Es una lástima… Adiós, señorita… Lafrance. Si alguna vez ve usted a su compañera Baby, transmítale mi admiración más sincera.

—Lo haré con gusto, señor Romanof. Adiós.

El ruso salió del almacén, y Brigitte se fue detrás. Lo estuvo siguiendo hasta que salió de la tienda. Luego, volvió a la vivienda, pensativa. Desde luego, ella no saldría por la puerta de la tienda,

sino por el jardín. Estaba segura que no habría tapia que se le resistiese. Era ágil como una gatita, y…

—Por Dios… —musitó de pronto—. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

Se dedicó rápidamente a registrar la vivienda de Simón. Y apenas cinco minutos más tarde quedaba inmóvil, contemplando el pequeño micrófono de fabricación rusa, colocado bajo la alacena.

—Debí advertírselo a Simón —gimió—. ¡Debí advertirle de esto, pero parecía tan seguro de sí mismo, tan tranquilo…, tan convencido de que nada le iba a pasar…!

Pero dejó de hacerse reproches en seguida. La culpa no había sido suya, desde luego. Le había aconsejado a Simón que abandonase la casa, que se fuera de allí, que tuviese la pistola a mano… Y él no había querido hacer nada de eso. Un buen hombre, que sólo pensaba en su retiro… ¡Ay del espía que se confía una sola vez! Ay de él, porque ya no podrá volver a confiarse jamás.

Entonces… los habían estado escuchando, a ella y a Simón. Y a ella y a Romanof. Repasó la conversación sostenida en aquella pieza con el ruso, llegando a la conclusión de que allí no habían hablado nada importante. Pero sí con Simón. Sobre todo, por la radio… Comprendía la jugada ahora. A Simón lo habían querido dejar vivo, mientras iban a robarle a ella los doscientos cincuenta mil dólares. Luego, fallado este golpe, habían decidido eliminar a Simón por fin… ¿Y qué más? Lógicamente, sabían que ella estaba allí. Y no era probable que la dejasen salir fácilmente. Ni a Romanof tampoco. A menos que, como parecía obvio, el ruso la hubiera estado engañando, y estuviese afuera con más hombres, esperándola… Esto no tenía lógica. ¿O sí?

Bien… Como fuera, los que quisieran cazar a Baby en aquella trampa, más valdría que estuviesen mejor preparados que aquellos dos desdichados del callejón.

Apagó la luz y salió a la tienda, a tientas, deteniéndose un par de veces, escuchando. Si hubiera habido alguien escondido por allí, acechando, ella habría oído la respiración, lo sabía. Pero no oyó nada absolutamente. Cuando llegó a la tienda, sí oyó el rumor de fuera, de los gritos de los vendedores incansables… Se acercó a los cristales y echó un cauto vistazo alrededor, pero en seguida se convenció de que no podría ver nada revelador. No estaban los

jovencitos que merodeaban en busca de un vendedor distraído. Tampoco estaba ya el mendigo ciego que imploraba limosnas en nombre de Alá… Pero había muchos hombres por allí. Y cualquiera de ellos podía disparar con silenciador y desaparecer en pocos segundos.

Decididamente, saldría por la puerta del patio, saltaría unas cuantas tapias y aparecería en una calleja más conveniente…

Dirigió una mirada al champaña y al caviar. Quizá Simón habría querido que ella comiese auténtico caviar persa en su estancia en Teherán, pero lo cierto era que Brigitte Montfort, alias Baby, no se sentía capaz de tragar ni una sola hueva. No aquella noche.

Pero sí se convidaría a sí misma con champaña con caviar después de matar al culpable del asesinato de Simón. Pensó en Alexei Romanof, pero lo desechó definitivamente. No. No había sido él… Un curioso espía soviético, eso sí. Y un asesino cuando fuese necesario, igual que ella. Pero,… ¿matar al inofensivo y viejo espía? ¿Qué ganaría con ello un agente de la indudable categoría de Alexei Romanof?

Salió al pequeño patio con palmeras y flores, y se dispuso a saltar la primera tapia…

Apenas quince minutos más tarde, la señorita Montfort aparecía fuera del Bazar. En seguida vio un taxi, lo llamó, y se metió dentro.

—¿Habla inglés, o francés, o ruso…? —preguntó en inglés.

El hombre movía negativamente la cabeza. Era muy peludo, con un gran bigote, y sonreía constantemente, devorando con los ojos a la más bella pasajera que llevaría en toda su vida, aunque esa vida fuera tan larga como la del profeta Matusalén.

—«Hotel Namak»… ¿Entiendo eso?

—«Hotel Namak» —asintió el persa, sonriendo aún más—. *Yes, oui* «Hotel Namak»… *¡Kheili khub!*[1]

Puso el vehículo de nuevo en marcha.

Y diez minutos después, cuando Brigitte calculaba que ya estaban muy cerca del hotel, al mismo que no dejaba de pensar en el amable espía soviético, notó la vibración en su maletín, justo bajo su mano. Abrió el maletín, y, en el acto, su fino oído percibió la señal de llamada: bip-bip-bip-bip…

Capítulo V

Fue volviendo en sí muy lentamente. La primera sensación fue un lento, prieto, terrible dolor de cabeza. Sabía lo que era esto, de modo que no esforzó lo más mínimo su mente ni sus ojos. Aceptó la situación, simplemente: poco a poco fue entrando en la realidad, sin aspavientos, sin sobresaltos, sin sorpresas.

La habían golpeado. Okay. Unos golpes fuertes, capaces de privar del conocimiento a un hombre fortísimo. Pero no era eso solamente, sino que luego la habían dormido con algo… Con una inyección de algo. En su boca tenía el extraño sabor, como una pasta espesa, agria; era como el despertar de una persona que había sido sometida a una intervención quirúrgica. En muy pocos segundos, las escenas desfilaron por la mente de la más divina espía del mundo: el baño, la ducha, la aparición de tres hombres, la pelea, los golpes, la caída de bruces en la bañera, el golpe en la cabeza, la brevísima sensación de agua cayendo sobre ella, como fresca lluvia… Y ahora, aquel silencio, aquel ambiente tibio, aquella sensación agria en su boca, aquel zumbido en sus sienes…

En definitiva: estaba prisionera. La habían llevado a algún lugar desconocido, no sólo aturdida por los golpes, sino, además, posteriormente dormida por algún narcótico inyectado en su cuerpo.

Su cerebro estaba funcionando como una computadora, admitiendo, asimilando, definiendo todos aquellos datos. Mientras tanto, sus ojos permanecían cautamente cerrados. Hacía ya años que había aprendido que antes que abrir los ojos conviene abrir la mente, captar la situación… Lo que en términos modernos se llama «ponerse en órbita».

Por fin abrió los ojos muy despacio. Lógico: lo primero que vio fue un techo. Un techo blanco, con una lámpara de líneas modernas colgando de una cadenita. La luz quedaba suavizada. Después vio

una pared; luego otra, otra… Muy despacio, movió las manos y quedó bastante sorprendida al encontrarlas libres para cualquier movimiento. No la habían atado. Encogió las piernas, de modo que pudo comprobar que también las tenía libres. En resumen: estaba tendida de cara al techo, en una cama, en el suelo, sobre alguna mesa… No oía nada. Nada. Era un silencio absoluto, de esos que resultan inquietantes. Como el vacío. Todo lo que oía era el circular de su propia sangre, el latir de su corazón… Lo cual era mucho: significaba, ni más ni menos, que estaba viva.

Se incorporó, quedando sentada. Y, en el acto, la sangre pareció congelarse en sus venas.

No.

No podía ser posible.

Estaba soñando, delirando, todavía sumergida en una espantosa pesadilla… Porque aquello que veían sus ojos sólo podía pertenecer a una pesadilla.

Estaba viendo dos cabezas.

No dos cuerpos con cabeza, no. Dos cabezas. Solamente dos cabezas. Las tenía allí mismo, a los pies de la cama, en una gran bandeja colocada sobre una mesita de madera negra. De laca, quizá. Eran dos cabezas de hombre. Tenían un extraño color, como de cera vieja, amarillenta. Destacaban mucho los huesos, y la boca de cada una de aquellas horribles cabezas era como un tajo violáceo… Parecían de cera. Sí… Quizá eran de cera. O quizá era todo un espectacular y horrible truco, una broma pesada. Una horrible, pesada, trágica, estremecedora broma. Eso debía ser: una broma…

—¿Los conoce?

La voz, en nítido inglés, llegó a oídos de la espía internacional como la descarga de un rayo. Un rayo suave, tranquilo, que, quizá, también podía ser una broma. Volvió vivamente la cabeza hacia su derecha, y sus ojos quedaron desorbitadamente fijos en aquel ejemplar humano. Lo mismo podía tener cincuenta años que quinientos. Era muy flaco, con los cabellos completamente blancos, la boca hundida, los ojos muy negros, brillantes como brasas; llevaba una barbita corta, tan blanca como su cabellera. Por toda vestimenta, un taparrabos que apenas cubría la parte media de su cuerpo. Estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas. Parecía… Sí, exactamente: parecía uno de esos faquires de película

hindú. Sólo le faltaba el turbante. Flaco, seco, amarillento, quizá cobrizo, delgado como un alambre, con todas las costillas en evidencia, destacando prodigiosamente en su piel, como si quisieran atravesarla, romperla…

Cincuenta años, quizá cien, quizá quinientos. Era la imagen viva, casi desnuda, de uno de esos faquires que se dedican a tocar la flauta encantando serpientes cobra en las ciudades de la India. Feo, seco, con cara de hambre, relucientes los ojos… Escalofriante. La miraba fijamente, como si su mirada fuese una fuerza especial, capaz de penetrar en el cuerpo de la espía internacional, que aparecía sentada en la alfombra… Una alfombra, sí. No una cama, sino una alfombra. La mesita que contenía las bandejas con las dos cabezas estaba algo más alzada, y por eso las veía tan bien, a la altura casi exacta de sus ojos.

—¿Los conoce? —insistió aquel huesudo personaje.

Brigitte se pasó la lengua por los labios, carraspeó, movió negativamente la cabeza…

—No —musitó.

—¿Está segura?

—Completamente… No los conozco.

—¿Y a mí? ¿Me conoce a mí?

Con un esfuerzo, Brigitte volvió a mirar al delgadísimo personaje, a aquel faquir de película en technicolor. Era exacto, idéntico por completo a la imagen tópica del faquir encantador de serpientes. Muy viejo, arrugado, feo, horrible, blancos los cabellos, la barba, hundida la boca, retorcidas las manos, delgadísimas las piernas… Por poca imaginación que se tuviera, se le podía ver tocando aquella flauta especial para serpientes cobra.

—No.

—¿No me conoce? ¿Realmente no me conoce?

—No.

—Soy Sandir Banagalore.

Brigitte encogió ligeramente los hombros y volvió a mirar aquellas dos cabezas colocadas ante sus ojos. Naturalmente, las dos cabezas correspondían a dos cuerpos humanos auténticos. La solución al jeroglífico era bien sencilla: dos hombres habían sido decapitados, y ella tenía ante sus ojos las dos cabezas cortadas y colocadas en la bandeja. Pero, claro, definitivamente, aquello no era

una broma.

—¿No le dice nada mi nombre? —insistió el faquir.

—No.

—¿No es usted de la CIA?

—Sí.

—¿Y no me conoce? ¿No ha oído antes mi nombre?

—No.

—Bien… Eso me place. Significa una gran seguridad personal. Usted se llama, según el registro del hotel Namak, Brigitte Montfort, y es periodista. Pero sabemos que es agente de la CIA, que estuvo en contacto con el señor Nickols y con el señor Romanof, y que, según todos los informes, ha venido a Teherán con doscientos cincuenta mil dólares americanos. ¿Qué más?

Brigitte movió negativamente la cabeza.

—Nada más. No sé nada más. ¿Quién es usted?

—Sandir Banagalore.

—Oh, sí… Ya oí su nombre antes… Pero mi pregunta tiene otro significado: ¿qué es usted, qué quiere, a qué se dedica?

—Su inteligencia es clara y rápida. Ha hecho tres preguntas en una sola y, ciertamente, si yo las contestara, usted lo sabría todo tan bien como yo. Por eso no contestaré.

—¿Qué quiere de mí? Sus hombres mataron a Nickols y a Romanof. ¿Por qué yo estoy viva?

—Por su belleza. Pero de eso hablaremos luego… Ahora, voy a presentarle a estos hombres… —señaló las dos cabezas colocadas sobre sendas bandejas—. El de la derecha es Yazdeg, uno de los tontos auxiliares del muy ingenuo e inofensivo agente de la CIA llamado Luke Nickols, aparentemente dedicado al comercio de alfombras persas. El otro personaje, es decir, la otra cabeza, corresponde a Feth Zirar, uno de mis hombres que quiso ser demasiado listo. O demasiado ambicioso.

—¿Le robó el *microfilm*?

Sandir Banagalore sonrió extrañamente.

—No de un modo exacto. Fue él mismo quien tomó ese *microfilm*, desde mi helicóptero, digamos que… abusando de mi confianza en él.

—Entiendo… Si no me equivoco, ésa es mi maleta. Y mi maletín… ¿Puedo…?

—No. Está bien así, por el momento. Usted es una mujer muy peligrosa, señorita Montfort. Pero también inteligente… Y espero que esa inteligencia le haga comprender que no le será fácil salir de aquí. En cuanto a matarme, cosa que parece fácil, será mejor que no lo intente, si no quiere que una su cabeza a las de esos dos hombres. Dígame: ¿qué es lo que entiende?

—Entiendo que Feth Zirar tomó microfotos, o película, de algo que usted está preparando, y que quiso ganar una buena cantidad de dólares y rublos vendiendo copias del *microfilm* a Rusia y Estados Unidos.

—Esa fue la mala idea que tuvo Zirar, en efecto. Por suerte para mí, me di cuenta a tiempo. Muy justo a tiempo. Lo torturamos, y nos dijo todo su plan. No pudimos llegar a tiempo de presentarnos a la cita que había dado a Romanof, pero sí a la de usted. Mientras tanto, vigilamos a Luke Nickols, y mientras él salía a comprar caviar, le colocamos un micrófono. Así supimos que usted había escapado a la trampa de mis dos hombres, y que iba a volver a la tienda de alfombras. Decidimos eliminar a Nickols para esperarla a usted.

—¿Y por qué no me atacaron allí? ¿Por qué tampoco atacaron allí a Alexei Romanof?

—Porque queríamos seguirlos a ambos, para saber dónde tenían su guarida, a fin de buscar allí el dinero. El truco dio buen resultado con el señor Romanof, aunque resultó un tanto… accidentado. Primero le visitaron dos de mis hombres, que, mientras lo apuntaban con sus pistolas, registraron el dormitorio. Pero el señor Romanof era un hombre… peligroso, como usted. Hubo una pelea, el señor Romanof golpeó a mis hombres, y comprendió que lo más sensato era recoger el dinero, algunas cosas personales, y desaparecer de allí. Fue a buscar el dinero… y cuando regresó con él al dormitorio, mi tercer hombre entró en acción.

—Buen truco. ¿Fue uno de los tres hombres que me atacaron el que mató a Luke Nickols?

—No, no… Bueno, en realidad, al decir que entró en acción mi tercer hombre, me refiero al que apoyaba la acción de los dos que fueron a la casa de Alexei Romanof. Los tres que fueron a visitarla a usted son otros.

—Ese hombre que mató a Romanof…, ¿es el mismo que mató a

Luke Nickols?

—En efecto. Mi mejor hombre, desde luego.

—Espero tener el gusto de conocerlo. ¿Dónde estamos?

—En una quinta, algo lejos de Teherán. No demasiado: unas veinticinco millas. La localidad se llama Karaj. Por supuesto, la trajeron aquí en un automóvil. Y puesto que mis hombres tuvieron una idea muy personal respecto a usted, decidieron traer su equipaje.

—¿Qué clase de idea personal?

Sandir Banagalore volvió a sonreír de aquel modo extraño.

—¿De manera que me han traído aquí sólo para que usted…?

—Así es. Aunque también vamos a preguntarle dónde están sus doscientos cincuenta mil dólares. Estamos realizando un importante encargo que nos va a dar mucho dinero, pero no nos parece nada mal quedamos con sus doscientos cincuenta mil dólares y el millón de rublos que tuvo la amabilidad de cedernos el señor Romanof. Lógicamente, lo que más nos interesa, ya está conseguido: evitar la intervención del espionaje ruso y el norteamericano en este asunto. Pero ya que Feth Zirar tuvo la buena idea de reunir para nosotros a dos agentes con mucho dinero, nos lo quedaremos. ¿No le parece lógico? Si no nos interesara ese dinero, no les habríamos molestado a usted, al señor Nickols y al señor Romanof, y, simplemente, habríamos seguido con nuestro encargo, ya que ustedes, desaparecidos Yazdeg y Zirar, no habrían podido encontrarnos ni saber nada de nada de nosotros.

—Comprendo que le interese ese dinero, señor Banagalore… ¿Qué encargo es el que tienen ustedes que hacer? ¿Quién les paga?

—Ah… De nuevo sus bien medidas e inteligentes preguntas, señorita Montfort. Pero, obviamente, no pienso contestar a ellas. Usted, en cambio, sí debería contestar a las mías: ¿dónde están sus doscientos cincuenta mil dólares?

—Supongamos que se los entrego…, ¿qué harían conmigo?

—Retenerla aquí durante una temporada.

Capítulo VI

Salió del exótico cuarto de baño y se dirigió a la gran ventana que daba al jardín de la casa, notando fija en ella la mirada opaca de Sandir Banagalore, tendido sobre la alfombra, como un amarillento montón de huesos. Había amanecido hacía ya un par de horas, y el sol volvía a lanzar sus oleadas de espantoso calor. Durante un minuto, estuvo mirando hacia el jardín, contando los hombres de Sandir Banagalore que pululaban por allí, aparentemente ocupados en labores propias de jardinería y arreglos diversos.

Desde luego, no le iba a ser fácil salir de allí, aun contando con todo el pequeño y diabólico arsenal que contenía su maletín, colocado en un rincón, con la maleta. El hecho de no haberla separado de su maletín podía indicar muy poca astucia y conocimientos de espionaje por parte de Banagalore. Si Baby hubiera querido, el viejo hindú haría horas que estaría muerto. No ya bajo el poder de sus manos, sino empleando cualquiera de sus trucos del maletín, desde el gas venenoso a los diminutos dardos envenenados, el explosivo de plástico, las ampollas de alto poder explosivo, el estilete que contenía el peine, o el cepillo para el cabello, o el de los tacones de sus zapatos, o el fino alambre de acero que llevaba en la cintura de todos sus vestidos… Sin lugar a dudas, Sandir Banagalore debía su vida a la paciente astucia de la espía internacional. ¿Qué ganaba matándolo en aquel momento, por ejemplo? Nada… No podría escapar, ni enterarse de lo que Banagalore estaba planeando que interesaba tanto a Rusia y a Estados Unidos… Era mejor esperar, aprovechando que Banagalore parecía muy decidido a prolongar la vida de tan hermosa mujer…

—¿Está pensando en escapar? —preguntó de pronto él.

—No. Ya sé que no podría. Pero podría haberlo matado a usted, Banagalore.

—Lo he sabido en todo momento. Pero eso no cambiaría las

cosas, los planes… En cambio, usted, sería torturada de tal modo que se arrepentiría un millón de veces de haber pasado de mis manos a las de mis hombres. No sería buen negocio para usted matarme, créalo.

—¿No quiere decirme cuáles son sus planes? Puesto que jamás podré salir de aquí con vida, no importa que los sepa…

—No insista sobre eso. Ni sobre quién me paga. No haga más preguntas, señorita Montfort. Quizá viva mucho tiempo… en mi compañía. No se está mal aquí… vivo. ¿Verdad?

—Verdad… —sonrió Brigitte—. ¿Para cuándo es la realización de sus planes?

—Aproximadamente, dentro de veinticuatro horas. Y no haga más preguntas. Ahora las haré yo. ¿Dónde está el dinero?

—En mi hotel.

—¿En su hotel? No es cierto. Antes de sacarla de allí, mis hombres registraron…

—No he dicho en mi habitación, sino en mi hotel.

—Bien… Díganos dónde, y mis hombres irán a buscarlo.

—Solamente yo puedo retirarlo de donde está, se lo aseguro.

Sandir entornó los ojos y permaneció en silencio unos segundos, antes de musitar:

—¿Pretende que la dejemos ir a Teherán, o que la llevemos nosotros mismos?

—Le aseguro que de otro modo jamás tendrán el dinero, aunque yo quisiera.

De nuevo quedó pensativo Banagalore, dándose tirones de la barbita. Acabó moviendo negativamente la cabeza.

—No. Voy a cobrar muchísimo dinero por este encargo, de modo que no vale la pena arriesgar nada por doscientos cincuenta mil dólares. De momento, los dejaremos donde están. Más adelante, una vez terminada la acción, quizá podamos ocuparnos debidamente de eso. Pero no haremos nada hasta haber cumplido el encargo. Entonces…

Sonó una llamada a la puerta del dormitorio, y Banagalore miró hacia allí, diciendo algo que Brigitte no pudo entender. La puerta se abrió y uno de los hombres del viejo hindú apareció, hablando excitadamente con éste, en aquel idioma del cual Brigitte no sabía ni palabra. Banagalore hizo una seña y el hombre se retiró, mientras

él se ponía en pie.

—Tengo cosas que hacer. Le aconsejo —miró irónicamente hacia el maletín de la espía— que no haga tonterías. Es imposible que pueda escapar, y su intento sería considerado como una descortesía. Espero que no me obligue a divertirme con usted igual que lo hice con Yazdeg y Zirar. La veré esta tarde.

—¿Podrá resistirlo? —ironizó Brigitte.

—Lo intentaré —brillaron los diminutos ojos negrísimos.

Acababa de salir del dormitorio cuando Brigitte comenzó a oír aquel inconfundible sonido. Se acercó rápidamente a la ventana y miró hacia el cielo. Efectivamente, allá llegaba un helicóptero… Muy grande, y muy viejo, según parecía, pero con vuelo seguro y ágil, poderoso.

Baby fue a toda prisa a su maletín y sacó los pequeños prismáticos de teatro. Regresó a la ventana, y los enfocó hacia el helicóptero, que estaba tomando tierra… Las aspas dejaron de girar, y la puerta se abrió… En el cielo quedaba todavía el sonido de un helicóptero en pleno vuelo, y Brigitte alzó más los prismáticos: llegaba otro helicóptero, parecido al primero. Grande, fuerte, sólido. Seguramente cada uno de aquellos aparatos podía llevar no menos de doce hombres… Se desentendió del que estaba llegando para mirar hacia el primero, del cual descendían varios hombres, todos ellos con «mono» azul oscuro, y paracaídas a la espalda, así como casco protector. Luego saltaron dos más, sólo con «mono»; seguramente eran los que se cuidaban de gobernar el helicóptero…

Sandir Banagalore llegó junto a aquellos hombres, que comenzaron a dar explicaciones señalando al cielo. A solas, oculta en un lado de la ventana, Brigitte refunfuñó algo contra su mala suerte: si aquellos hombres hubieran estado hablando en alguno de los idiomas que ella conocía, habría podido entender la mayor parte de lo que decían, tan sólo viendo el movimiento de sus labios. Pero seguramente estaban hablando en persa, o en cualquier dialecto hindú… Imposible leer ni una sola palabra en sus labios. Señalaban al cielo, hacían gestos de tirarse con paracaídas, señalaban el suelo… El otro helicóptero tomó tierra y poco después sus ocupantes se reunían con Banagalore y los demás. También hicieron señas parecidas… De pronto, uno de ellos señaló hacia la ventana y Brigitte se encogió rápidamente, ocultándose.

Cuando volvió a mirar, ya no quedaba nadie a su vista… Es decir, nadie de los que habían llegado en helicóptero. De nuevo hizo la cuenta de los hombres de Sandir Banagalore: contando los dieciséis que habían llegado, la suma era de casi treinta hombres. Treinta hombres… Con helicópteros, con paracaídas… ¿Qué estaban tramando? Desde luego, tenía que ser muy importante, o arriesgado… Un gran golpe. Alguien había pagado a Sandir Banagalore para que él y sus hombres hicieran…, ¿qué cosa? Desde luego, un plan que requiere treinta hombres, doce de los cuales por lo menos deberán basar su intervención en un salto con paracaídas, tiene que ser importantísimo.

Encendió un cigarrillo de su maletín, y quedó pensativa, contemplando sus trucos. Pero no… No. Cada vez estaba más decidida a permanecer allí. Y de un modo u otro, tenía que saber qué tramaban Sandir Banagalore y sus hombres.

* * *

Hacia las cinco de la tarde no había conseguido saber absolutamente nada. Los hombres de Banagalore se habían dedicado a repasar los helicópteros, y eso fue todo. En cuanto a Banagalore, no apareció en el dormitorio hasta esa hora en que la espía internacional sólo sabía segura una cosa: que el calor era poco menos que mortal. Había puesto en marcha el ventilador del techo, que resultó un alivio al principio, pero luego pareció que hacía arder el aire, o quizá su propia piel era la que ardía, de estar tanto tiempo bajo la fuerte fricción del aire producido por el ventilador.

Banagalore llegó acompañado de uno de sus hombres, que portaba una bandeja con servicio de té.

—Es una costumbre que me dejaron los ingleses… —explicó el viejo huesudo—. Y he pensado que, puesto que tomar el té se considera un momento agradable, nada mejor que compartirlo con usted, señorita Montfort.

—Muy amable.

Brigitte se dejó caer en la alfombra, fuera del alcance del ventilador, desalentada. Si muy pronto no conseguía saber algo, tendría que recurrir a su habilidad para matar y huir, prescindiendo de usar la inteligencia o la astucia. Banagalore la estuvo mirando

fijamente hasta que su empleado salió del dormitorio. Luego se sentó junto a ella y pasó lentamente una mano por el desnudo brazo de la espía.

—¿Algo no va bien? —musitó—. ¿Ha recibido malos tratos de mis hombres, quizá?

—No he recibido trato de ninguna clase, Banagalore, por la sencilla razón de que he estado sola todo el día. Quise salir del dormitorio, pero usted colocó un par de hombres en el pasillo, y otros dos fuera de la casa, rondando cerca de la ventana. Sólo quería dar un paseo, y no me dejaron.

—¡Cuánto lo lamento! —La mano de Banagalore se deslizó brazo arriba—. Pero en estos lugares, es mejor pasear de noche. No refresca mucho, pero lo parece, y eso calma los nervios.

—Mis nervios están bien. Es mi cuerpo el que está mal, con este horrible calor. Voy a tomar una ducha.

—Es una lástima…

La ducha no solucionó gran cosa, pues el agua salía casi a la temperatura ambiente, que no debía ser inferior a los cuarenta grados centígrados. Luego, mientras miraba fijamente a Banagalore, Brigitte tomó el té, que resultó ser lo más refrescante del día.

De pronto sonrió dulcemente.

—Podríamos hacer un trato especial usted y yo, Sandir.

—¿Qué trato?

—A cambio de mi vida, yo podría ser una compañera muy agradable en sus últimos años…, empezando ahora mismo.

—No necesito hacer tratos por años, señorita Montfort. Seguramente no viviré demasiado… Y de todos modos, ya es usted lo bastante agradable para mí. Aparte, debo decirle que no me gusta estar con usted.

—¿Cómo? —se sorprendió Brigitte—. ¿Qué dice usted? Creí…

—Entiéndame… Su compañía, su presencia, es un regalo para la vista. Sin embargo, siempre que estoy con usted siento algo… inquietante. Me recuerda a una cobra.

—Por el amor de Dios… —musitó Brigitte—. ¿Está usted hablando en serio? ¿Le recuerdo a una serpiente, a una cobra?

—Desde luego. Por ahora, digamos que está usted oyendo música de flauta y, por tanto, permanece erguida, atenta… y pacífica. Se adapta a todo. Sin embargo, mi impresión es que en

cuanto deje de oír música, atacará. En su caso, la música es la posibilidad de enterarse de algo.

—¿Tiene miedo de mi ataque? —suspiró la espía.

—Pues… le quitamos su pistola, pero no sé… No me parece suficiente. Si usted me atacase ahora mismo, cuatro hombres entrarían aquí en el acto, de modo que, para matarme, su ataque tendría que ser fulminante. Como el de una cobra.

—Pero, querido Sandir, yo no soy una cobra venenosa…

Banagalore parpadeó lentamente.

—Mañana hablaremos usted y yo sobre una serie de cuestiones que quizá nos convengan a ambos, señorita Montfort.

* * *

Banagalore se marchó una hora después. Y otras dos horas más tarde, bajo un calor que verdaderamente alteraba los nervios, llegó la noche. Y poco después de que hubiese oscurecido, un coche llegó a la quinta. Desde la ventana, Brigitte vio a Banagalore subir a ese coche, que partió inmediatamente, quizá hacia Teherán. Abajo, muy cerca de la espía, dos hombres alzaban la cabeza, mirándola con mucha atención, pistola en mano.

Brigitte se retiró de la ventana, pensativa. ¿Adónde iba Banagalore? ¿A ver a alguien relacionado con aquel asunto del cual no tenía aún la menor idea?

Quizá estaba llegando el momento de actuar, de hacer algo. Esperar tanto tiempo a que Banagalore se decidiera a explicarle su plan, comenzaba a ser absurdo, y más teniendo en cuenta que el hindú no parecía tener la menor intención de hacerlo.

Volvió a acercarse a la ventana, mirando hacia los dos inmóviles helicópteros que había a menos de ciento cincuenta yardas. Sus grandes moles se recortaban en la oscuridad, brillando a la luz de las estrellas. ¿Qué podían hacer doce hombres saltando en paracaídas desde un par de helicópteros? Las respuestas eran tantas que resultaba imposible adivinarlo.

Durante la hora siguiente, Brigitte se asomó a la ventana cuatro o cinco veces más. Y cada vez vio a los dos hombres cerca, con la mirada fija en ella. Cada vez más inquieta, casi furiosa, Brigitte Montfort, alias Baby, comenzó a pensar en serio en marcharse de

allí. Podía matar en un par de segundos a sus dos vigilantes del exterior, saltar por la ventana, llegar a uno de los helicópteros, y, cuando fuesen a darse cuenta, ya estaría en el aire. Podía escapar. Y luego, ¿qué? Si quería hacer algo más, tendría que buscar nuevos contactos que…

Estaba sentada en la alfombra, cuando volvió vivamente la cabeza hacia la ventana. Se quedó atónita, contemplando el rostro de aquel hombre joven, rubio, de claros ojos azules, que acabó de encaramarse y la miró, llevándose un dedo a los labios.

—Sssst.

El inesperado desconocido entró en la habitación y se acercó resueltamente a Brigitte. Se sentó ante ella, cruzando las piernas, sonriendo simpáticamente. Debía tener alrededor de treinta y cinco años, era atlético, fuerte, muy atractivo. Estaba muy bronceado. Llevaba pantalones cortos, camisa oscura y sandalias. Tendió su mano.

—Robert Monroe, del MI5 —se presentó—. ¿Cómo la han estado tratando, señorita Montfort?

—Pues… Bien, en lo que cabe… Gracias.

—¿La han tratado bien? Asombroso. Bueno, en este caso, quizá usted no quiera escapar, para presentar su informe a la CIA.

—¿De qué habla? Yo no…

—Vamos, vamos, señorita Montfort… La estuve vigilando algunas horas. Evidentemente, usted no fue a ver a Luke Nickols para comprar alfombras. Bueno, en realidad sé muchas cosas sobre este asunto… ¿Nos vamos?

Brigitte acabó por sonreír.

—¿Ha venido expresamente a sacarme de aquí, señor Monroe?

—En efecto. Y no en una alfombra voladora… Tengo un auto como a media milla de aquí.

—Fantástico… Pero no sé si nos conviene marcharnos. Deberíamos antes conocer qué planes tiene esta gente…

—Son demasiados. Además, el que más interesa es Banagalore. Y ése salió para Teherán, a ver a unas personas. Y, finalmente, yo le explicaré a usted todo lo que quiera saber sobre este asunto.

—¿Lo conoce bien?

—Completamente. En todos sus detalles. O casi todos. Si queremos hacer algo útil, marchémonos.

A menos que prefiera seguir hablando aquí hasta que los hombres de Banagalore nos oigan. No siempre podré hacer las cosas silenciosamente, si llegan un par más.

Brigitte parpadeó. Luego, se puso en pie, fue a la ventana y miró hacia fuera. Los dos hombres que la vigilaban estaban tendidos de bruces a la sombra de un árbol, uno encima de otro, formando una cruz. Estaba bien claro que Monroe había conseguido sorprenderlos, los había golpeado y luego los había arrastrado hasta allí Camino libre… Y con un agente inglés que aseguraba saberlo todo. Decididamente, había llegado la hora de marcharse.

Fue al rincón donde estaba su maletín, lo cogió y regresó a la ventana.

—¿Y su maleta? —musitó Monroe, señalándola.

—No la necesito para nada. Y si la necesitase, volvería a por ella.

El británico sonrió, como divertido. Ayudó a Brigitte a saltar por la ventana, luego lo hizo él, y se alejaron rápidamente, en silencio, por entre los arbustos, rodeando la pequeña explanada donde estaban los dos helicópteros. Brigitte se detuvo un instante, señalándolos.

—Podríamos apoderamos de los dos aparatos, señor Monroe.

—No interesa. Quiero enseñarle algo que tengo en el coche. ¿Dispone usted aquí mismo de dinero?

—¿Aquí?

Robert Monroe soltó un gruñido.

—Donde sea, con tal de que pueda tenerlo en una hora. ¿Lo puede conseguir?

—Depende… —musitó Brigitte, ya alejándose—. ¿Qué cantidad?

—Bastarán veinte o treinta mil dólares.

—Puedo tenerlo en una hora, sí.

—Magnífico. Caminemos de prisa…

En menos de diez minutos llegaron adonde Monroe tenía escondido el auto, un pequeño y viejo «Austin» negro, que había metido entre unos espesos arbustos llenos de polvo. Entraron los dos, y el británico abrió el pequeño compartimiento del salpicadero. Sacó una pipa llena de tabaco, que fue vaciado de la cazoleta, hasta que un pequeño objeto cayó en la mano del británico, que la alzó, para que Brigitte pudiera verla a la luz de las estrellas.

—¿Sabe qué es esto?

—Una cápsula de plástico que se utiliza, al menos en nuestra profesión, para guardar *microfilms*.

—Exactamente. Y el que hay aquí fue tomado desde un helicóptero por un tal Feth Zirar.

—¿Cómo lo ha conseguido? —exclamó Brigitte.

Brillaron los blancos dientes del espía inglés, en una seca sonrisa.

—Si quiere, además de eso, le cuento mi vida, señorita Montfort. Será mejor que nos vayamos. Tenemos que recoger ese dinero.

—¿Para qué, señor Monroe?

—Conozco a un piloto iraní que nos facilitará un avión por esa cantidad. Lo necesitaremos para volar a Bagdad, y allá avisar a unas personas que podrán solucionar el asunto.

—¿Personas… inglesas?

—Desde luego.

Brigitte estuvo unos segundos silenciosa. Por fin, musitó:

—Señor Monroe, no acabo de fiarme de usted.

—¿Qué dice? —mascculló el británico—. ¿Está loca? Nuestras oportunidades son tan escasas que si empezamos a desconfiar…

—No le daré el dinero, no le apoyaré en nada, a menos que usted conteste algunas preguntas mías.

—Pues hágalas de prisa, señorita —refunfuñó Monroe.

—¿Cómo es posible que un agente del MI5no tenga dinero?

—Circunstancias de la vida. ¿Qué demonios está pensando? ¡Yo también estuve a punto de ser atrapado por la gente de Banagalore! La única diferencia entre yo y usted, Nickols y el ruso Romanof, es que fui más listo, jugué mejor mis cartas. Pude escapar, pero en condiciones peligrosas. Si vuelvo adonde tengo una cantidad que ni siquiera llega a las cinco mil libras, sólo puedo esperar unas cuantas balas o una cuchillada. No, gracias… Ya son suficientes muertos Nickols y Romanof.

—¿Cómo está usted enterado de tantas cosas?

Monroe se alzó de su asiento, levantándolo con una mano, mientras con la otra, a tientas, buscaba algo en el hueco. Sacó un paquete de papel, que desenvolvió rápidamente. En menos de un minuto, se había colocado una greñuda peluca, así como una barba y un enmarañado bigote que caía a los lados de su boca. Luego, de

una pequeña cajita sacó algo, que se llevó a los ojos. Maniobró en ellos durante otro minuto, luego encendió la luz interior del coche y tendió su diestra a Brigitte, temblorosamente, comenzando a recitar una cantinela de misericordia…

—El mendigo —musitó Brigitte.

De pronto sonrió, mirando aquellas lentes de contacto que convertían las pupilas de Monroe en dos manchas gris-blanco, imitando a la perfección la más absoluta ceguera.

Monroe se quitó una de las lentes y con su ojo visible miró a la espía.

—¿Por fin me ha reconocido?

—Bueno… Reconozca que no era fácil, señor Monroe… ¿De modo que usted…? Claro: estuvo vigilándonos a todos, ha seguido los movimientos de todos…

—Exactamente.

Se quitó el disfraz, bajo la atenta mirada de Brigitte, que mostraba un destello de simpatía hacia el británico.

—¿Cómo consiguió el *microfilm*, señor Monroe?

—Digamos que me las arreglé durante el día que usted ha permanecido prisionera en esa quinta. Pude haber intentado sacarla de ahí anoche mismo, pero las cosas se presentaron de otro modo. Tuve mala suerte y buena suerte, según se mire. Estuvieron a punto de matarme, me han ocupado mi guarida, me conocen ya…, pero yo tengo el *microfilm*. Y lo mejor del caso es que Banagalore no lo sabe.

—¿Puedo ver ese *microfilm*?

—¿Ahora? ¡Pero es urgente que salgamos hacia Bagdad…!

—No vendrá en un par de minutos.

—¿Qué ganará examinándolo? Sin un visor no podrá ver nada.

—Tengo un visor.

—Ah… ¿De veras? Bien, en ese caso, perderemos el par de minutos. Tenga cuidado. Es tan pequeño…

Brigitte abrió su maletín, sacó la pequeña cámara fotográfica y maniobró en ella hasta que quedó convertida en el visor, con luz interior para las imágenes. Tomó cuidadosamente el *microfilm* que le tendía Monroe y lo introdujo en la ranura. Luego fue pasando las imágenes, una a una. La primera imagen contenía… desierto. Sí. Solamente desierto, fotografiado desde el aire. Lo mismo la

segunda, la tercera y la cuarta… En la quinta, inesperadamente, aparecía el rostro de Banagalore, recibiendo de lleno la luz del sol, y también mirando hacia abajo… Parecía que iba… Exacto: en un helicóptero. Luego, dos fotografías del desierto. En la siguiente fotografía, abajo, aparecía un hombre, haciendo señales con los brazos hacia lo alto. Se veía pequeño, casi costaba localizarlo. Las imágenes en el visor portátil de Brigitte no podían ser ampliadas gran cosa, de modo que hacía falta muy buena vista para ir distinguiendo, en las siguientes fotografías, al mismo hombre, al que luego se sumaron dos más. Cada fotografía estaba tomada más cerca del suelo. Por fin, aparecieron tres fotos seguidas tomadas desde el suelo. En una de ellas había un hombre alzando una lona, bajo la cual se veía algo metálico… Era una lona curiosa, que parecía formar parte del colorido del desierto. Luego, Banagalore volvía a aparecer, junto al hombre que alzaba la lona. Ahora se veía perfectamente lo que había debajo: un avión. Por fin, en la tercera foto tomada desde el suelo aparecía completamente visible el avión: era un «Mig» ruso, relativamente moderno, de caza, poderoso y veloz. Luego, las fotografías volvían a estar tomadas desde el aire, y se veía al mismo hombre, ayudado por los otros dos, tapando el caza ruso con aquella lona, que lo ocultaría de tal modo que, mirando desde el aire, nadie podría jamás adivinar que debajo había un avión… Fin.

Brigitte apartó lentamente el visor de delante de sus ojos.

—Un caza ruso escondido en el desierto… —murmuró—. ¿Qué significa? ¿Por qué hacen eso los rusos? ¿O no es cosa de los rusos? No he visto el distintivo soviético en el fuselaje…

—Se lo explicaré por el camino…

—No. Ahora, señor Monroe. Antes de tomar cualquier decisión, quiero saber exactamente qué es lo que significa el contenido de este *microfilm*… ¿O no lo sabe usted?

Capítulo VII

—Desde luego que lo sé —gruñó Monroe—. Y precisamente por eso insisto en que debemos darnos prisa en llegar a Bagdad. Allá podré recurrir a compañeros míos que darán una rápida solución al gravísimo problema, recurriendo a aviación de combate que llegará desde…

—¿Aviación de combate británica para atacar a un «Mig» ruso?

—¿Uno? Hay una docena de «Migs» esperando. Todos ellos, camuflados como ése que ha visto. Están repartidos en dos grupos de seis, separados por cuarenta o cincuenta millas, en el borde del Dasht-i-Kavir, inmediatamente debajo de la población de Samnan.

—Doce aviones… Y doce pilotos con paracaídas que están en estos momentos esperando en la quinta de Banagalore. Ahora lo entiendo. Esos doce hombres serán lanzados en paracaídas donde están los aviones. ¿Es eso?

—Exactamente. La acción comenzará todavía de noche, de modo que los helicópteros pasarán por el desierto, enviando señales de luz. Desde abajo, en la posición exacta donde esperan los aviones camuflados vigilados por dos grupos de tres hombres, contestarán a las señales, los pilotos se lanzarán en paracaídas, ocuparán sus aviones, y, cuando sea el momento, despegarán.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el Mar Caspio.

—Hacia el Mar Caspio… No comprendo. Esos aviones son de fabricación rusa, desde luego. Pero no he visto su estrella roja en el fuselaje del único que conocemos. Ni ningún otro distintivo… ¿De qué nacionalidad son?

—Rusos…, ¿no?

—No, no… —protestó Brigitte—. Rusia ha vendido aparatos salidos de sus fábricas a diversos países. Esos aviones han sido fabricados en Rusia, ciertamente, pero no podemos pensar que la

acción que emprendan sea bajo las directrices de Moscú. Pueden ser los chinos, los árabes, los cubanos… ¡Cualquiera sabe a quién le vendieron los rusos esos doce «Migs»!

—Desde luego, es imposible saberlo.

—Entonces, no sé… Hacia el Mar Caspio… ¿Qué hay allí?

—Esturiones… —masculló sordamente Monroe—. ¿Acaso tendré que explicárselo todo, señorita?

—Esturiones… ¡Qué tontería! No… Ha de ser algo que estará en el Caspio antes de doce horas, según el plazo que mencionó el propio Banagalore… Algo que quizá esos aviones quieran bombardear, o ametrallar… ¿Barcos rusos, quizá? Porque, desde luego, en el Mar Caspio no hay barcos norteamericanos… Sin embargo, sabemos que lo que haya de pasar, interesa por igual a Rusia y a Estados Unidos. Pero no adivino qué interés puede tener Estados Unidos en lo que pase en el Mar Caspio antes de doce horas. No tenemos barcos allí, ni… ¡Por Dios! ¡No…! ¡NO!

Robert Monroe se quedó mirando con hosca impaciencia a la espía internacional, que había palidecido intensamente.

—Al fin ha comprendido —gruñó.

—Pe-pero no… no puede ser… ¡No pueden querer hacer eso!

—¿Por qué no? Y me pregunto si de verdad ha adivinado de qué se trata.

—El presidente… El presidente de los Estados Unidos, *mister* Nixon, va a sobrevolar mañana por la mañana el Mar Caspio… Saldrá de madrugada de Lahore, rumbo a Bucarest, y la… la ruta anunciada pasa por encima del Caspio…, aproximadamente a la altura de Krasnovodsk y Bakú… ¡Dios mío! ¡Van a atacarlo con doce aviones de caza rusos!

—Quizá sea una broma —dijo sarcásticamente Monroe.

—Lo quieren derribar… ¡Lo entiendo todo ahora! ¡Quieren derribar al presidente, asesinarlo! Atacarán su aparato, el número uno de la USAF Y luego, seguramente, huirán, eludiendo combate con la escolta, que habrá visto que los atacantes son aparatos rusos…

—Vaya… Parece que su cerebro está funcionando como el de una buena espía, señorita. ¿Y bien? ¿Todavía sigue queriendo perder el tiempo aquí, en lugar de salir para Bagdad?

—¿Bagdad? —musitó Brigitte.

—¡Le estoy diciendo que allá puedo conseguir ayuda aérea para interceptar esos aviones! ¡No hay tiempo de nada más! Vamos a buscar su dinero para…

—No. Espere, Monroe, espere… ¿Por qué complicar tanto las cosas?

—¿Complicarlas? —exclamó el británico—. ¡Dígame cómo va a detener doce aparatos de caza rusos sin contar con aparatos que puedan plantarles cara en el cielo! Dígame eso, y la admiraré por el resto de mi vida.

—Bien… ¿Cree usted que esos doce aparatos van a volar por control remoto, dirigidos desde tierra?

¡Claro que no! ¿Para qué querrían los doce pilotos, entonces?

—Esa es la cuestión: los doce pilotos de los «Migs». Vamos a volver a la quinta de Banagalore, señor Monroe.

—¿Está loca? —Casi gritó el inglés—. ¡Hay más de treinta hombres en esa quinta! ¿Qué espera conseguir? ¿Matar a unos cuantos y que los demás nos hagan pedazos? ¡No podrá evitar que esos pilotos lleguen a los aviones que les están esperando en el desierto!

—Hay muchos modos de conseguir eso, señor Monroe. Si escucha usted mi plan…

¡No voy a escuchar nada! ¿Qué demonios le pasa? ¿Quién se ha creído que es usted? Está viva de milagro, igual que yo… Han matado a varios hombres que se han metido en este asunto… ¡Y le aseguro que yo no pienso dejarme matar estúpidamente!

—Es más simple de lo que parece, señor Monroe. Podemos…

—¡Le digo que no cuente conmigo! Tengo preparadas las cosas a mi manera, así que iremos ahora a Teherán, recogeremos esos veinte o treinta mil dólares, iremos a… ¡Eeehhh…!

Robert Monroe vio venir hacia su cabeza la mano derecha de Baby, pero todo lo que pudo hacer fue lanzar el grito de alarma, de sobresalto; eso fue todo lo que le permitió la velocísima acción de la espía internacional. El británico recibió el formidable trastazo en la frente, y fue lanzado contra la ventanilla del coche, ya desvanecido… Rebotó fuertemente, pero Brigitte le detuvo, dejándolo cómodamente sentado, con la cabeza caída sobre el pecho. Se apresuró a tomarle el pulso, suspirando aliviada cuando comprobó que no había golpeado demasiado fuerte. Sólo estaba

dormido.

Registró rápidamente al inglés, quitándole todo cuanto llevaba en los bolsillos, examinándolo ligeramente. Lo que más le gustó fue la imponente automática con silenciador, que metió en su maletín. A falta de su pistolita, bien le iría aquella especie de cañón portátil. Robert Monroe, evidentemente, no quería correr riesgos: cuando disparaba, lo hacía en serio, con una pistola tremenda.

No encontró nada más que le interesara: pañuelo, cigarrillos, encendedor, las llaves del coche, billetes iraníes… Alzó la tapa del maletero y, como esperaba, encontró algo con qué atar al británico. Lo quería allí, tranquilo y a salvo, para llevárselo cuando hubiera terminado lo que pensaba hacer. No se trataba de dejar a Monroe en la estacada después, ni mucho menos… Habría sido un desagradecimiento brutal, en modo alguno adecuado a Baby. Pero sí lo quería quieto y tranquilo, sin que insistiera en su plan, demasiado largo. No había tiempo para ir a Bagdad, ni avisar a nadie, ni hacer nada…, excepto lo que ella quería hacer. De modo que ató a Monroe sólidamente, con la cuerda de plástico, asegurándose de que no podría soltarse por sí mismo. Y esto era algo que la divina espía sabía hacer muy bien.

Recogió su maletín, se apeó del coche y miró con un gesto de disculpa al desvanecido agente británico.

—Lo siento, colega. Volveré a por ti muy pronto.

* * *

Parecía que todo estaba tranquilo en la quinta. Con una facilidad que la sorprendió, pudo llegar hasta el límite de arbustos que bordeaban el pequeño claro donde estaban los helicópteros, y durante un par de minutos estuvo reflexionando sobre lo acertado de su último plan. Ciertamente, si disparaba sus ampollas incendiarias contra los helicópteros, éstos no podrían despegar, y, por tanto, quizá los doce cazas de fabricación rusa se tuvieran que quedar en el desierto. Pero implicaba dos grandes riesgos: uno, que si daba a conocer su presencia, treinta hombres se lanzarían en su busca, y… no tenía alas para escapar.

Seguramente la cazarían. Dos, que si destruía aquellos helicópteros allí, el problema para los hombres de Banagalore sería

el de buscar otro medio de transporte, cosa que, sin duda, no les resultaría imposible. Ni siquiera difícil.

Por tanto, si bien arriesgado, su plan definitivo era el mejor.

Tras un último y muy atento vistazo a su alrededor, Baby salió de entre los arbustos, corriendo inclinada hacia uno de los helicópteros, el más cercano. Cuando llegó bajo él, se tiró al suelo, y estuvo esperando, inmóvil, tensa… Nada sucedió. Al parecer, nadie la había visto.

Con su felina agilidad no le costó el menor esfuerzo subir al helicóptero, cuyas puertas estaban abiertas. Se introdujo en el aparato a toda prisa, cerrando la portezuela tras ella.

Eso fue todo.

* * *

Casi media hora más tarde, el personal de la quinta de Sandir Banagalore se puso en movimiento. Comenzaron a aparecer hombres provenientes de la casa, rodeando a la docena de pilotos, que llegaban equipados con los «monos» azules, el casco y el paracaídas a la espalda. Seguramente no querían que los helicópteros tomasen tierra cerca de los aviones, y preferían lanzar a los pilotos en paracaídas, que, sin duda, serían negros. Aunque la zona del desierto a la que se dirigían debía ser áspera, en absoluto frecuentada, ni siquiera como ruta de paso…

En diez minutos, todo estuvo listo para el despegue. Sandir Banagalore debía continuar en Teherán, tranquilo, convencido de que sus hombres ya sabían perfectamente lo que debían hacer… Y así era. Los dos helicópteros se elevaron, emprendiendo su vuelo hacia el Este, en línea recta hacia Dasht-i-Kavir, uno de los grandes desiertos de Irán. Pasarían casi encima de Teherán, pero más al Norte, por zona deshabitada. La distancia a recorrer no sería superior a las doscientas millas, es decir, que ni siquiera duraría dos horas el vuelo. O muy poco más.

* * *

Hora y media más tarde, los ocupantes de uno de los helicópteros,

silenciosos, casi sombríos, contemplaban, abajo, muy cerca, el desierto, sobre el cual volaban hacía ya rato. No había luna apenas, pues estaba en pleno menguante… Pero su resplandor, así como el de las estrellas, era suficiente para ver la gran extensión vacía, desolada… Uno de los aviadores dijo algo, a lo que contestó en seguida el piloto del helicóptero; su ayudante consultó un mapa y la brújula del aparato, y luego se volvió hacia el aviador que había hablado, dándole una explicación…

Y, de pronto, todos a la vez, los ocho hombres, notaron algo raro… Algo que…

No tuvieron ni siquiera tiempo de pensar en qué cosa rara podía ser aquella que habían sentido: fueron fulminados por el gas que salió de las tres ampollitas de fino cristal lanzadas desde el oscuro fondo del helicóptero contra el plástico de la cabina. Todos a una, como en un ensayo teatral, los ocho hombres se relajaron, se deslizaron hasta el piso del helicóptero, dormidos instantáneamente… El aparato dio un bandazo violento al quedar libres los mandos, pero, desde el fondo llegó la agilísima sombra, que tomó el mando en el acto, estabilizando el aparato. Sostuvo los mandos con una mano, mientras con la otra apartaba al piloto, tirándolo junto a los aviadores. Fue como si nada hubiera pasado…, excepto que el gran helicóptero había cambiado de manos.

Ahora, a los mandos, estaba la agente Baby, con la boca cubierta por la mascarilla antigás que parecía una simple gasa. La mantuvo todavía medio minuto. Luego se la quitó, abrió el cristal lateral y la tiró al desierto, mientras continuaba mirando hacia el otro helicóptero, que volaba algo más adelante y a la derecha. Buscó la radio con la mirada y en seguida movió la clavija, abriéndola.

—¿Hablan inglés? —preguntó.

Hubo un instante de silencio. Luego, la voz de un hombre en pésimo inglés:

—¿Quién es?

—Estoy en el helicóptero que va detrás de ustedes, y tengo la situación completamente dominada. En mi cintura llevo colgando un fusil de tubos de aluminio, arma fabricada especialmente para mí, y que dispara lo que yo quiero. En este caso, será una ampolla de gas inflamable contra su helicóptero si antes de un minuto, después de elevarse tres mil pies, no saltan todos en paracaídas. Los

ocho. ¿Entendido? ¿Lo han entendido todo bien?

Tras otro instante de silencio, la misma voz en pésimo inglés:

—Si saltamos, el helicóptero se estrellará.

—Exacto. Tienen ya menos de un minuto para decidir si quieren que el helicóptero se estrelle vacío o con ustedes dentro. Cuarenta y cinco segundos. Cuarenta y cuatro. Cuarenta y tres…

Miraba hacia el otro helicóptero. De pronto, lo vio alzarse, pero girando, buscando encararse a ella. Estaba quizá a doscientas yardas, y su maniobra estaba clarísima: la iban a atacar. Iban bien armados, quizá no creían que ella tuviera el arma que había dicho, y querían matarla. Así de fácil. Le dispararían con pistolas, esperando vencerla cuando estuvieran cerca y sus armas alcanzasen…

—Lo siento por vosotros… —sonrió fríamente la divina—. Pero, de todos modos, por lo que pensabais hacer, os lo habéis ganado.

Varió la posición de su helicóptero, abrió la portezuela del todo, mientras mantenía el aparato suspendido, prácticamente inmóvil, y, de su cintura, descolgó el fusil de tubos de aluminio. Manejándolo con una sola mano, se lo colocó en el hombro y miró por el visor. Esperó a que el otro helicóptero estuviese a menos de cincuenta yardas, en plan claramente agresivo, y entonces apretó el disparador… Se oyó un suave bufido en su fusil, y, un segundo después, el otro helicóptero se convertía en una vivísima llamarada de color mercurio, primero, y roja en seguida. La bola de fuego se incrementó de pronto con otra llamarada aún más fuerte, de tono rojo, amarillo y negro, lanzando una trágica iluminación hacia el desierto, en varias millas a la redonda. Luego, se precipitó hacia la áspera tierra, donde se estrelló, salpicando llamaradas a todos lados. Ciertamente, ellos se lo habían buscado.

Diez minutos más tarde, lejos de allí, la agente Baby tomó tierra y, sin detener las aspas del aparato, se dedicó a tirar fuera a los ocho hombres que jamás sabrían la suerte que habían tenido… También merecían morir, desde luego Pero incluso una implacable asesina como Baby Montfort tenía sus propias normas. Y matar a ocho hombres dormidos habría sido demasiado. Ya tendrían tiempo de arrepentirse de sus pecados cuando, veinticuatro horas más tarde, despertasen en pleno desierto… Si es que despertaban, ya que todo un día dormidos bajo el sol persa, puede considerarse mortal.

Ya vacío el helicóptero, Brigitte volvió a acomodarse ante los mandos. Y mientras el aparato se elevaba nuevamente, movió una manita hacia los ocho durmientes.

—*Ciao* —sonrió secamente.

* * *

Una hora más tarde, después de dar varias vueltas lanzando señales luminosas, y cuando estaba empezando a temer que no dispondría de combustible para regresar, vio la luz de respuesta, allá abajo. Si no se había equivocado el desafortunado Feth Zirar al tomar las fotografías, solamente tres hombres vigilaban el grupo de seis aparatos que esperaban camuflados en aquella parte del desierto.

Comenzó el descenso, lentamente. Cuando estaba a unas veinte yardas de tierra, vio a los tres hombres, juntos, como petrificados en el suelo, mirando hacia el helicóptero. Se apartó de ellos y, cuando el aparato hubo tocado tierra, se apresuró a empuñar la pistola de Robert Monroe…

Los tres hombres corrían hacia allí, gesticulando. Abrió la portezuela del helicóptero y preparó la pistola, sonriendo ceñudamente. Esperó a que estuviesen a menos de veinte pasos para disparar el primer plomo. Se oyó el apagado «plop», el cárdeno fogonazo brilló dentro del helicóptero, y uno de los hombres dio un salto en plena marcha, cayendo de cabeza. Los otros dos comenzaron a detener su veloz marcha, como si quisieran clavar los pies en el suelo para frenar, mientras llevaban las manos a sus bolsillos. Uno de ellos todavía tuvo tiempo de sacar su pistola, pero la bala que le acertó en plena frente lo tiró hacia atrás, alzándolo de pies, casi haciéndole dar la vuelta… Verdaderamente, el espía británico no se andaba con tonterías a la hora de elegir un arma. Su potencia era extraordinaria. Y estaba muy bien calibrada…

El más torpe en sacar la pistola tuvo suerte, en cierto modo. Brigitte no disparó a matarlo, sino a herirlo. Pero el balazo en la pierna fue tan fuerte que casi lo alzó del suelo, haciéndole dar una pirueta sorprendente antes de caer de bruces, con los pies hacia el helicóptero. El hombre empezó a revolverse, insistiendo en sacar la pistola, pero la voz llegó, seca, hasta él:

—¡Quieto!

Plop. La bala rebotó junto a la cabeza del hombre, completando de modo muy comprensible la advertencia dada en un idioma que no conocía, quizá. Se quedó inmóvil, boca abajo, esperando. No tardó mucho en oír los ligeros pasos junto a él. Una pistola. Luego oyó los pasos, apartándose. Y de nuevo la voz femenina:

—¿Habla inglés? ¿Ruso, alemán, portugués, español, italiano, francés…?

Brigitte probó incluso unas palabras en japonés, que estaba estudiando, pero el hombre no reaccionó. Solamente debía hablar persa… Se acercó a él, y le dio un suave puntapié en las costillas; el hombre volvió la cabeza hacia ella y la espía le hizo señas para que se pusiera en pie. Fue obedecida inmediatamente. Entonces, con la mano izquierda, Brigitte simuló un aparato, mientras emitía un gracioso zumbido de imitación de motores. Luego se quedó mirando atentamente al hombre, que asintió con la cabeza.

—Quiero verlos… Los «Mig»… ¡Vamos, vamos! El hombre dio la vuelta y comenzó a caminar penosamente. Se detuvo unas quinientas yardas más allá y alzó la punta de una lona. El camuflaje estaba magníficamente conseguido, no cabía duda. Vistas desde el cielo, aquellas lonas debían parecer simple tierra, un pequeño montículo más.

—Más… —Hizo señas Brigitte—. ¡Más! ¡Quiero ver todo el «Mig»!

El hombre iba entendiendo. Con la punta de la lona asida con ambas manos, se fue encaramando y tirando, hasta que la mitad del aparato quedó visible. Miró a Brigitte, pero ésta le hizo señas para que continuara. Un par de minutos después, el «Mig» quedaba completamente al descubierto.

Brigitte asintió con la cabeza, y señaló con la pistola a su alrededor, y luego al «Mig».

—Los otros cinco… —Mostró la mano izquierda con los deditos separados—. Quiero ver dónde están los otros cinco… *¿Okay?*

El hombre entendió. Vaciló, pero Brigitte alzó más la pistola, apuntándole a la cabeza firmemente, fríamente…, y la vacilación del hombre desapareció. Cojeando cada vez más penosamente, fue hacia el siguiente aparato, que señaló. Brigitte le indicó que caminase hacia la cola, que fue la única parte del «Mig» que le obligó a dejar descubierta.

Pocos minutos después, había un «Mig» completamente descubierto. Los otros cinco, solamente tenían alzada la lona en la parte de la cola, mostrando el brillante fuselaje.

—Camine hacia el helicóptero ahora —ordenó Brigitte.

Enfurruñada, repitió la orden por señas, indicando el aparato. El hombre obedeció. Estuvo varias veces a punto de caer, pero llegó junto al helicóptero, pasando junto a los cadáveres de sus compañeros. Siempre obedeciendo las señas de Brigitte, se volvió de espaldas, colocando las manos en el helicóptero…, y entonces, un golpe con la pistola en su nuca le llenó la cabeza de lucecitas de colores, mientras, tras un brevísimo instante de dolor, todas sus preocupaciones desaparecían. Fue resbalando pegado al helicóptero, ya sumergido en el muy descansado…, aunque no siempre grato mundo de los sueños.

Brigitte subió al helicóptero, recogió sus cosas, lo metió todo dentro del maletín, incluida la pieza que quitó de los mandos del helicóptero, y saltó al duro, áspero suelo del desierto. Seguramente, habría muchas zonas de arena en Dasht-i-Kavir, pero no aquélla. Hacía falta terreno duro para que los «Mig» pudieran despegar, obviamente.

Fue hacia el avión que estaba completamente descubierto, y subió a la carlinga, que pudo abrir con toda facilidad. Se sentó ante los mandos, un poco impresionada, y se dedicó a estudiar todo el complejísimo conjunto de botones, palancas, indicadores, instrumentos de medición… Durante un cuarto de hora, bajo el silencio del desierto, la más audaz espía del mundo estuvo concentrada en aquel monstruoso panel de mandos, descifrando uno tras otro todos los indicadores, enterándose de todo, incluso del botón que daría lugar a que su asiento saliera expulsado del aparato. Satisfecha al fin, se volvió, cogió el paracaídas y se lo colocó, sin prisas, con todas las precauciones propias del caso. Finalmente, se puso el casco que tenía a los pies del asiento.

Y segundos después, el «Mig» ruso se estremecía al ser puestos en marcha sus motores. Comenzó a rodar por el áspero suelo, con un poderoso rugido, vibrando, hasta que, de pronto, perdió todo contacto con tierra.

Allá iba Baby, convertida en piloto de caza.

Capítulo VIII

Sentado con las piernas cruzadas sobre una estera, en el saloncito que daba a la galería abierta al jardín, Sandir Banagalore dejó de mirar a sus dos visitantes, para hacer una seña a uno de sus seis hombres que esperaban, en pie, los resultados de todo el trabajo realizado. El hombre se acercó, inclinándose junto a Banagalore, que le musitó unas palabras al oído; movió negativamente la cabeza, y regresó junto a sus compañeros.

Uno de los invitados asiáticos de Banagalore, murmuró:

—¿También usted está preocupado, Banagalore?

—¿Preocupado? En modo alguno. No tengo por qué estarlo.

—¿No? —El invitado señaló su reloj de pulsera—. Yo creo que sus dos helicópteros ya debían estar de vuelta, después de lanzar los pilotos en el lugar apropiado.

—Sí… Es cierto, los dos helicópteros debían haber vuelto ya hace rato. Pero no es eso lo que me preocupa, se lo aseguro. Ocurre que estoy esperando el regreso de uno de mis hombres, el mejor, que está dedicado a un trabajo especial, no relacionado con la parte que les interesa a ustedes… ¿Qué hora es?

—Las tres y media de la madrugada. Muy tarde ya.

Un destello irónico pasó por los negrísimos ojos de Sandir Banagalore.

—Ya les dije que estarían mejor en su hotel de Teherán, pero ustedes insistieron en venir aquí para estar al corriente de todo. Nuestro trato quedó solucionado allá, de modo que no tenían por qué venir aquí, conmigo.

—Queremos estar seguros de que todo va a hacerse bien. Y nos parece más adecuado escuchar la radio en esta quinta que usted alquiló que en el hotel.

—Todavía falta mucho rato para que empiecen a dar noticias por la radio —señaló Banagalore el aparato colocado sobre una

mesita de cañas—. Pero no les quepan dudas de que a su debido tiempo oirán la noticia que les interesa. Una vez haya sido derribado el avión que todos sabemos, mis hombres saben lo que tienen que hacer… Quiero decir que saben muy bien lo que tienen que hacer en todo momento.

—Así lo esperamos. Ha sido una acción muy costosa ésta, Banagalore: doce cazas «Mig» valen mucho dinero…, aunque Rusia nos diese facilidades para pagarlos.

—Ustedes sólo arriesgan doce aviones. Yo arriesgo veinticuatro hombres, en total. Y seis que quedan aquí, cuatro afuera… Nuestro riesgo es mucho mayor.

—Le pagamos muy bien sus… riesgos, Banagalore. Comprenderá que, por esa cantidad, queremos tener a salvo toda responsabilidad… Si no fuese así, habríamos utilizado doce de nuestros pilotos.

—Bien… No hay por qué discutir, caballeros. Ustedes han facilitado los aviones y pagan espléndidamente los servicios de mi grupo. Nosotros derribaremos ese avión de la USAF que transporta a tan importante personaje. Y ni siquiera me interesa qué ocurrirá luego, de modo que no voy a preguntarme cuáles son sus planes.

—Ya hemos observado que es usted discreto e indiferente —sonrió el otro invitado—. Por eso le buscamos para este contrato. Queríamos precisamente lo que usted nos está ofreciendo: seguridad, silencio y desinterés total por los planes políticos futuros de nuestro país una vez muerto el presidente de Estados Unidos.

—Insisto en que todo eso no me interesa. Me han contratado, me han pagado, y eso es todo. Dentro de unas horas, la radio dará la noticia del sorprendente suceso del mar Caspio. Y todo habrá terminado. ¿Volverán al hotel de Teherán, o se irán directamente a su país?

—Volveremos al hotel, naturalmente. No tenemos por qué dar ningún paso en falso. Nuestra actitud será natural y lógica en todo momento.

—Así ha de ser —admitió Banagalore.

Quedaron todos silenciosos, sumidos en sus propios pensamientos. Afuera, vigilaban, ya por pura rutina, cuatro de los hombres de Banagalore. Otros seis estaban en la misma estancia que su jefe. Todos esperando el regreso de los helicópteros para, una vez

oída la noticia por la radio, abandonar en los aparatos la quinta alquilada semanas antes por el viejo hindú. Éste era el que más tranquilo permanecía, mirando siempre con aquella chispita de ironía a sus impacientes invitados, que habían preferido el nerviosismo de la espera allí, a la comodidad del hotel en Teherán Allá ellos…

Uno de los invitados volvió a mirar su reloj.

—Insisto en que sus helicópteros tardan demasiado, Banagalore.

—Ya le he dicho que todo está perfectamente estudiado, y…

De pronto, para asombro y terror de todos los reunidos allí, el cuerpo de Sandir Banagalore quedó envuelto en una espantosa llamarada de color mercurio, que inmediatamente fue de un tono rojo brillante. Banagalore se puso en pie de un sorprendente salto, lanzando un alarido estremecedor, un chillido infrahumano. El calor de aquella bola de fuego que envolvía el cuerpo del hindú llegó hasta todos los rincones de la estancia, como un viento ardiente.

Y todavía no estaban repuestos de su aterrada sorpresa cuando Banagalore cayó de bruces, todavía gritando, pero ya débilmente, siempre envuelto en aquella llamarada.

Los primeros en empezar a moverse fueron los seis hombres de aquella antorcha humana, todos a una, como movidos por un resorte común. Casi simultáneamente, los dos invitados de Banagalore, descompuesto el rostro por el espanto, empezaron también a ponerse en pie…, y ese fue el momento en que uno de ellos, igual que Banagalore, quedó envuelto en aquella llamarada primero de color mercurio y, en seguida, de un tono rojo vivo… Aullando como si quisiera desgarrar sus pulmones y romper sus cuerdas vocales, el asiático comenzó a dar saltos de un lado a otro, golpeándose con muebles y paredes…

Fuera de allí, subida a un árbol con la agilidad y seguridad de una auténtica pantera, la señorita Montfort estaba ya introduciendo la tercera ampolla de gas inflamable en su prodigioso fusil de tubos de aluminio. Hecho esto, volvió a colocarse el fusil en el hombro, y dirigió su mirada hacia el visor. La distancia era de apenas sesenta yardas, y, encaramada en el árbol, veía perfectamente casi todo el interior del saloncito que daba a la galería abierta. Todavía le parecía ver los labios de aquellos hombres moviéndose, hablando en inglés, de modo que había podido saber lo que hablaban durante su

breve espera en la rama del árbol.

Merecían morir, y ella sabía muy bien cómo se realizan las ejecuciones.

Apretó por tercera vez el disparador de su fusil, y, mientras el primero de los invitados caía sobre una alfombra que pronto sería presa de las llamas que rodeaban su cuerpo, vio al segundo invitado de Sandir Banagalore quedar envuelto en aquella bonita llamarada. Listos los tres…

El tercer blanco de la espía internacional, también convertido en una pura llama, se lanzó como un loco contra una de las finas cortinas contra insectos, que ardió en el acto, ascendiendo hacia el marco, alcanzando la persiana reseca por el sol… Dentro de la estancia, la confusión era espantosa, y los hombres de Banagalore escapaban de allí como perseguidos por el demonio. Por el jardín se oían voces excitadas, y dos hombres aparecieron corriendo hacia la casa, pistola en mano, mientras la terrible, escalofriante, implacable ejecutora se dejaba caer del árbol, con aquella agilidad admirable, como si toda ella fuese un solo músculo durísimo y elástico. Saltó por encima del hombre tendido de bruces en el suelo, con la cabeza rota de un golpe brutal, y comenzó a correr hacia la salida de los jardines de la quinta. Había hecho su trabajo, ya nada tenía que hacer allí. Uno de los guardianes había pagado muy cara su presencia cerca del árbol que le convenía a la agente Baby, y eso era todo.

Estaba a pocos pasos del hombre que había tenido que golpear cuando apareció otro, corriendo hacia la casa, pistola en mano, con una expresión de espantada alarma en su rostro. Casi chocaron el hombre de Banagalore y la agente de la CIA El primero lanzó un grito de sorpresa, alzó la mano con la pistola…

¡Crash!

El golpe de kárate, propinado horizontalmente en su garganta, le alcanzó de lleno, alzándolo, tirándolo de espaldas. Y Baby continuó corriendo, ahora a más velocidad aún, pues tras ella se oían los estampidos de varias armas, y algunas hojas y flores saltaron en diminutos pedacitos por encima de su cabeza, y a los lados, silbando a su alrededor…

Jadeando, recorrió más de doscientas yardas a velocidad poco menos que olímpica, saltando arbustos y matorrales. De pronto, se

dejó caer de rodillas, volviéndose hacia la casa, de donde llegaban los hombres de Banagalore, disparando, separándose para formar un semicírculo. Agitadísima la respiración, Baby colocó otra ampolla en el fusil de tubos de aluminio, apuntó brevemente, y, una vez más, apretó el disparador de la eficacísima arma. Por delante de ella, como a setenta yardas, apareció una bola de fuego que se extendió en seguida en todas direcciones, iluminando a los hombres de Banagalore, que retrocedieron, de nuevo aterrados ante aquella arma. Y mientras ellos retrocedían, buscando un nuevo camino para perseguir a Brigitte, ésta reanudaba su velocísima carrera, con un estilo perfecto, con una potencia bien medida, bien dosificada, oyendo cada vez más lejos el rumor de aquellos hombres que la perseguían…, y viendo, cada vez que volvía la cabeza, cómo las llamas iban siendo más y más grandes en el jardín, y, sobre todo, en la casa.

Eso sí era eficacia: tres disparos, tres muertos. Y de una manera horrible. Ciertamente, cuando la agente Baby dictaba sentencia ya no había remedio posible.

En menos de dos minutos llegó, jadeando fuertemente, junto al pequeño coche de Robert Monroe, a cuyo volante estaba todavía sólidamente atado el espía británico, que, desde luego, había despertado ya, seguramente hacía horas. Estaba sudoroso, demudado el rostro, desorbitados los ojos, desordenadas las ropas… No había conseguido nada. Sus manos y sus pies continuaban atados al volante, mientras que el trozo de cuerda que pasaba por su garganta lo mantenía tenso hacia atrás, de modo que no podía utilizar los dientes para intentar cortar las cuerdas.

—Maldita sea… —jadeó—. ¡Maldita sea usted y toda la CIA!

—Cálmese —sonrió Brigitte crispadamente, jadeando—. Nos vamos de aquí en seguida…

Alzó la tapa del motor y conectó la batería, que había dejado desconectada para evitar que Monroe cometiera la tontería de querer llamar la atención de alguien tocando el claxon. Tampoco su voz había podido llegar a ningún sitio donde pudieran oírla.

—¿De dónde viene? ¿Qué ha estado haciendo?

—No es momento de hablar, señor Monroe.

Le desató rápidamente y lo empujó hacia el otro lado del asiento. Dio la vuelta al coche, aplastando matorrales, rebotando en

piedras… Monroe había escondido su coche tan bien, que había que felicitarlo. Sólo que no había tiempo para eso.

Cuando hubo dado vuelta al coche, las llamas quedaron reflejadas en los muy abiertos ojos del británico, llegando desde más de media milla.

—¿Qué es eso? —gritó.

—Un cadalso —replicó vivamente Brigitte—. Cállese ahora.

El coche iba rebotando por el durísimo y desigual terreno, directo hacia el camino. Estaban muy cerca de éste cuando, por la derecha, aparecieron cuatro o cinco hombres, corriendo penosamente, mucho menos ágiles y veloces que la divina espía, que sonrió fríamente y apretó más el pedal del gas, obligando al cochecito a saltar a más velocidad y con más dureza sobre las piedras y arbustos… Por detrás y a la derecha de ellos, todavía pudieron ver algunos cárdenos fogonazos, pero, evidentemente, Brigitte Montfort, alias Baby, escapaba una vez más.

* * *

Cuando detuvo el coche, fuera de la carretera y bajo un grupo de palmeras, estaban muy cerca de Teherán, cuyas luces todavía estaban encendidas, esperando el amanecer, muy próximo.

Brigitte paró el motor y miró amablemente al sombrío espía británico.

—Bien… —musitó—. Todo solucionado, señor Monroe.

—¿Cómo lo ha solucionado?

—Pues… Fue sencillo. Me apoderé de uno de los helicópteros en pleno vuelo, y derribé al otro con mi inseparable fusil. Luego, fui a donde estaba el primer grupo de aviones, me desembaracé de los tres guardianes, y subí a un «Mig». Con ese «Mig», ametrallé e incendié los otros cinco. Después, busqué el otro grupo de seis aviones… Oh, antes estrellé el «Mig», saltando con el paracaídas, de modo que otra vez viajé en helicóptero. Y al llegar al segundo grupo de aviones rusos, la historia se repitió: vencí a sus tres guardianes, subí a un «Mig», destrocé los otros cinco, estrellé el que yo pilotaba, volviendo a saltar en paracaídas, y… regresé a la quinta de Banagalore en helicóptero, que dejé algo lejos de aquí, por motivos de seguridad, está claro. No me interesaba que oyeran regresar uno

de sus helicópteros. Mmm… Ah, sí. Llegué a pie, me deslicé por los jardines…, y uno de los hombres de Banagalore tuvo la mala suerte de ponerse en mi camino; así que le di un buen golpe, y me subí a un árbol… ¿Quiere creer que no me fijé en qué clase de árbol era? Quizá era un…

—¿Qué más?

—Pues… maté a Banagalore y a dos asiáticos que había con él, hablando de nuestro asunto. Luego, escapé.

—Luego, escapó… —musitó Monroe—. ¡Lo dice como si no hubiera estado haciendo nada! ¡Ha derrotado a tres docenas de hombres, ha ejecutado a tres, ha…! ¡Por todos los demonios…, ¿quién es usted?!

—¿De verdad no lo adivina?

—No.

—Pues no pienso explicárselo, señor Monroe. Y ahora, puesto que todo lo sabe…, ¿qué le parece si vamos a mi hotel, para recoger los doscientos cincuenta mil dólares, antes de regresar a Estados Unidos?

—¿De verdad tiene el dinero en su hotel?

—De verdad. Si necesita un préstamo… —sonrió la divina.

Robert Monroe soltó un gruñido.

—Necesitaré un préstamo, desde luego. Y muchas más explicaciones, para informar en Londres de…

—Puedo prestarle todo cuanto dinero quiera, querido colega. Y usted puede pedir al MI5que lo devuelva a la CIA Pero no sé si debo darle explicaciones completas de todo el asunto. Aunque…, en realidad, ya se lo he dicho todo. Sin detalles, pero todo está dicho.

—Sí… Creo que sí. Y, realmente, ¿qué importan los detalles?

—Celebro que lo reconozca así. ¿Conoce el horario de los vuelos que salen de Mehrabad? Me gustaría tomar un avión hacia Bagdad y luego hacia Estados Unidos lo más pronto posible.

—Sale un avión a las ocho de la mañana.

—Espléndido. Tengo tiempo sobrado para todo, de manera que haremos las cosas con tranquilidad. ¿Se queda en Teherán, Monroe?

—Si me presta diez mil dólares, sí. Tengo algunos pequeños asuntos que dejar arreglados antes de marchar yo también hacia Bagdad.

—Cuente con ese dinero. Esperaremos un poco, y luego

pasaremos por mi hotel, a recogerlo… Supongo que sí tiene algún dinero iraní, señor Monroe… Oh, sí, lo vi cuando le registré. Lo necesitaré.

—¿Para qué?

—Para pagar el hotel. No sé si los hombres de Banagalore lo harían…, y no quisiera que me detuvieran en Teherán por no pagar una simple cuenta de hotel. Sería… divertido, ¿no cree?

Robert Monroe refunfuñó algo. Pero se quedó mirando los hermosísimos ojos azules que le sonreían, y tuvo que echarse a reír, vencido por la simpatía de la espía internacional.

* * *

—Creíamos que le había ocurrido algo…

—No, no… Estuve con unos amigos, que hasta se llevaron mi equipaje para evitarme molestias… ¿Está bien así?

El conserje del «Namak Hotel» recogió los billetes, asintiendo con la cabeza.

—Sí, está bien… Muchas gracias. ¿Piensa volver por Teherán? ¿Le ha gustado?

—Pues… No sé. Es una hermosa ciudad, pero no he podido verla bien. Quizá vuelva, con más tiempo.

—Esperamos que recuerde usted nuestro hotel, señorita Montfort —sonrió el empleado del «Namak»—. Siempre a sus órdenes.

—Muy agradecida… Ah, ¿será tan amable de darme aquella carta que llegó para mí? La veo en el casillero… ¡Casi la olvido!

El conserje entregó la carta, recibió una estupenda sonrisa como premio y, encima, tuvo ocasión de ver caminar a la fabulosa chica americana que tenía los más bellos y grandes ojos del mundo… Cuando desapareció de su vista, el hombre suspiró, ahuyentando sus placenteros pensamientos.

Brigitte salió a la calle, recorrió un par de manzanas… y se coló dentro del coche de Monroe, el cual, al volante, partió inmediatamente de allí.

—¿Tiene el dinero?

—Desde luego… Pare en cualquier sitio antes de llegar al aeropuerto, Monroe, y le daré los diez mil dólares.

Poco después, ya en la carretera, entre Teherán y Mehrabad, donde está el aeropuerto internacional de la capital persa, Monroe detenía el coche y se quedaba mirando a Brigitte.

—¿Y bien?

Ella sonrió y mostró la carta, bastante gruesa. La abrió, y sacó siete billetes de Banco. El espía británico se quedó estupefacto.

—Pe-pero…

—Ventajas de tener billetes de gran nominación, colega Monroe. Ya ve: dos billetes de cien mil dólares. Enviados como una simple carta, a mi hotel. ¿No le parece una idea astuta? Tenga, tome de aquí lo que necesite. Voy a preparar un sobre para enviarme el dinero a mí misma, a Washington, desde el aeropuerto de Mehrabad…

Entregó el sobre con los billetes a Monroe, que pareció reaccionar de pronto. Brigitte abrió su maletín, y del forro lateral sacó un sobre…

—Oh… —exclamó—. Su pistola, señor Monroe. Es mejor que se la quede; me vería en apuros para explicar a los aduaneros persas qué hago yo con semejante artefacto. Tenga… Voy a escribir el sobre…

Lo hizo, poniendo las señas convenidas con la CIA Guardó el bolígrafo, miró a Monroe sonriendo…, y su sonrisa quedó petrificada, al ver la mirada sarcástica de éste, que le apuntaba al pecho con la tremenda automática.

—¿Qué… qué hace usted, señor Monroe? —Se sobresaltó—. No juegue con ese cañón, por favor. Oh, estoy horrible… Creo que voy a peinarme un poco…

Sacó el cepillo para el cabello, pero apenas se lo había pasado una vez, volvió a mirar al británico, con escasas esperanzas de que todo fuese una broma.

—¿Qué le ocurre? ¿Por qué me mira así? Será mejor que aparte el dinero que necesite, para que yo pueda poner el resto en el sobre que acabo de escribir…

—¿Aún no lo entiende? —sonrió Monroe—: usted no va a llegar a Estados Unidos. Ni el dinero. Oh, vamos, no es posible que una mujer tan excepcional sea, al mismo tiempo, tan tonta.

—Señor Monroe, no… no comprendo…

—Pues es muy sencillo. Yo he estado trabajando, en todo

momento, para Sandir Banagalore. Yo fui quien vigilaba a Romanof, y a Luke Nickols… Yo fui quien los mató a los dos. Y si no la maté a usted fue porque no sabía dónde encontrarla, y tenía que esperar a ver adónde iba, para conseguir el dinero. A Banagalore le pagaban muy bien su contrato, pero un millón de rublos y doscientos cincuenta mil dólares no eran para ser despreciados.

—Usted mató a Romanof y a Luke Nickols…

—En efecto.

—Pe-pero a… a mí me… me ayudó a escapar…

—Un truco que ideamos Banagalore y yo. La sacaría de allí, iríamos a por el dinero, y entonces la materia. Eso era todo. Banagalore decía que estaba asustado de usted, que había algo que lo tenía… escalofriado.

—Pues fui muy amable con él —sonrió de pronto Baby—. Y quizá si usted quisiera, Robert…

—Oh, no, no, preciosa jovencita —rió el británico—. Las cosas están muy mal para mí. Lo estaban desde el momento en que me sorprendió en el coche, me golpeó y me dejó convertido en un fardo… Pero ahora, con doscientos cincuenta mil dólares, todo me irá bien. Casi me alegro de que Banagalore haya muerto. Sólo tengo que matarla, y desaparecer. Seguramente, disfrutaré de este dinero en Europa: Niza, Roma, París… ¡Ah, Europa!

—Para ser un miserable asesino a sueldo, señor Monroe, es usted muy listo —dijo fríamente Brigitte.

—Y usted muy tonta… ¿Cómo no lo comprendió? Oh, vamos, pero si era sencillísimo: la pude sacar de la quinta con toda facilidad, tenía el *microfilm*, conocía todos los planes, le pedía treinta mil dólares para que fuese adonde tenía los doscientos cincuenta mil… ¿Cómo no comprendió que era una trampa?

—En verdad, debo ser muy tonta.

—No se preocupe por ello —volvió a reír Monroe—. Los muertos pueden permitirse el lujo de ser tontos. Adiós, señorita Montfort… Ah, desde luego, jamás he trabajado para el MI5.

—Se nota —sonrió la divina—. Porque, si lo fuese, jamás habría preguntado quién soy yo: lo habría adivinado.

—¿Sí? Pero, dígame: ¿quién es?

—Adivínalo, puerco asesino —Brigitte apretó el mango de su cepillo para el cabello, y apareció un largo y agudísimo estilete—.

Sí, adivínalo… ¡Adivina quién te mata!

Monroe había lanzado un respingo de sobresalto, palideciendo. Inmediatamente, apretó el gatillo de su imponente pistola…

Clic… Clic… Clic…

Atónito, bajó la mirada hacia el arma. ¿Qué ocurría? ¿Por qué no salían las balas? Cuando alzó la cabeza, vio fijos en los suyos aquellos hermosos ojos azules, fríos como hielo, crueles, implacables.

—Es un viejo truco que he empleado en otras ocasiones, espía de pacotilla —oyó la gélida voz.

—No… No, espere…

Brigitte sonrió y lanzó su manita, hundiendo el estilete en el abdomen de Robert Monroe, que se crispó, se encogió, gimiendo. Baby retiró la mano.

—Adivínalo… Adivina quién te mata, chico listo…

Y volvió a hundir el estilete en el cuerpo de Robert Monroe.

Luego, lo limpió en las ropas del cadáver, cuyos ojos parecían ir a salir de las órbitas. Acabó de peinarse un poquito, recogió lo que le interesaba, cerró su maletín y, tras mirar a ambos lados de la carretera, abrió la portezuela del lado de Monroe y lo tiró fuera con un pie, indiferente, pero con fuerza, haciéndolo rodar hasta los polvorientos matorrales.

Treinta y ocho minutos más tarde, la señorita Montfort, con su más angelical sonrisa, emprendía el vuelo. Allá abajo, quedaban unos cuantos muertos, a los cuales ya ni siquiera se les podía preguntar: ¿adivinas quién te mata?

Pero… ¿a qué preocuparse? ¿No suele decirse que los muertos lo saben ya todo?

Capítulo IV

Brigitte se adelantó en el asiento y tocó al bigotudo chófer persa en un hombro.

—Pare —pidió.

El hombre volvió la cabeza un instante, con cara de tonto asombro. No entendía.

—¡Pare! —Brigitte hizo expresivos gestos con una mano, y el hombre sonrió—. Frene. Deténgase.

El persa había entendido la mímica. Arrimó el coche al bordillo de su derecha y detuvo el coche. Brigitte le hizo clarísimas señas de que esperase, se apeó, y se alejó unos pasos, hacia la fachada de un edificio, mientras sacaba la radio de su maletín. Admitió la llamada.

—¿Sí? —musitó.

—Soy Alexei —oyó la inconfundible voz del espía soviético—. Si cree que esto es una idiota trampa por mi parte, no venga. Pero si prefiere confiar en mí, al menos en esta misión de ambos, venga a mi domicilio: avenida Benzura, ciento catorce. Es una casa independiente, pequeña, con jardín.

—¿Qué ocurre?

—Prefiero que lo vea con sus propios ojos. ¿Dónde tiene usted sus doscientos cincuenta mil dólares?

—En lugar seguro, desde luego.

—Sigue sin querer confiar en mí, ¿no es eso?

—Francamente, no del todo, señor Romanof. Y más, después de haber visto el micrófono.

—¿Qué micrófono? Oh… Espere… ¡No me diga que encontró uno en la casa de Luke Nickols!

—Pues lo digo.

—Señorita Lafrance, o cómo demonios se llame usted en realidad: yo soy Alexei Romanof, espía soviético de primera línea. El día que me dedique a poner micrófonos a pobres hombres como

su amigo Nickols, estaré acabado. Tengo treinta y seis años, llevo doce al servicio de la MVD, y pocos espías pueden enseñarme mi trabajo. Sé distinguir al tigre del gato. Ahora, escuche bien: mi oferta de colaboración está ceñida únicamente a este asunto, y mi inteligencia me dice que tengo que jugar limpio con una colega de la CIA, en mutuo beneficio. Si usted no está dispuesta a aceptar mi inteligencia y mi juego limpio, es una tontería que sigamos en contacto. Eso es todo.

—Escuche, Alexei…

—He dicho que eso es todo. Adiós.

Cerró la radio. Brigitte quedó petrificada junto a la pared de aquella casa. Por fin, sonrió. En verdad, Alexei Romanof era un hombre con personalidad. Y estaba disgustado con ella. No por ser de la CIA, sino porque, a juicio del muy inteligente espía Romanof, ella no estaba actuando de acuerdo a las circunstancias.

Volvió al taxi, tras guardar la radio en el maletín. El chófer la miraba sonriendo, pero intrigado.

—Avenida Benzura —dijo Brigitte—. ¿Entiende? No «Hotel Nakal». Avenida Benzura.

El persa asintió con enérgicos movimientos de cabeza. Otra vez se puso en marcha el taxi, dando la vuelta en la calle donde se hallaban.

Quince minutos más tarde, Brigitte volvía a tocar al persa en un hombro, y éste frenó en el acto. Iba entendiendo muy bien a su hermosa viajera, que se apeó otra vez, volviendo a hacerle señas para que esperase. Se apartó del taxi, mirando la numeración de las casas. Estaban ante el 99 de Avenida Benzura. Siguió por aquella acera, hasta pasar por delante del 114, en la de enfrente. Efectivamente, era una casa de un solo piso, pequeña, con un bonito jardín. Pasaba gente por la avenida, pero nadie parecía interesarse por nada de cuanto ocurría a su alrededor. El calor era asfixiante. Mientras había ido en el taxi, con las ventanillas abiertas, había sentido, al menos, el fresco del aire de la marcha. Ahora, el bochorno era espantoso. Algunos hombres no iban en mangas de camisa, sino en camiseta. No parecía un lugar muy elegante, desde luego.

Cruzó la calle, entró en el pequeño jardín, y tomó su pistolita, apenas detenerse ante la puerta de la casa. La empujó, y notó un

estremecimiento al encontrarla abierta. Las puertas abiertas le producían últimamente un largo escalofrío. Pero… No. Alexei Romanof era, desde luego, demasiado espía para encontrarlo muerto. Quizá la estaba esperando, y le parecía más cómodo dejar la entrada expedita.

Entró en la casa, apartándose inmediatamente de la puerta. La oscuridad era total. Sólo una franja de luz entraba, por una ventana, que daba al pequeño jardín.

—¿Está ahí, señor Romanof? —llamó, en ruso—. Soy Monique Lafrance.

Como respuesta, obtuvo aquel silencio que tan bien conocía.

—Romanof…

Encendió su pequeña linterna que siempre llevaba en el maletín, y, en seguida, la tiró a un lado, deslizándola por el suelo. Bien… Al menos, sabía que aquello no era una trampa: ya habrían disparado contra ella. Recogió la linterna, iluminó a su alrededor, y fue hacia la puerta que vio más cerca. Se puso a un lado y la empujó con la punta de un pie, abriéndola, mientras lanzaba el fino rayo de luz hacia dentro. Tampoco ocurrió nada. Entró rápidamente en aquella estancia, y fue enviando el rayo de luz a todas partes…, hasta que vio a Alexei Romanof.

Estaba en el suelo, tendido de bruces. Se acercó rápidamente a él, y la luz dio de lleno en su espalda, en la que se veía una mancha de sangre que aún se estaba extendiendo por la camisa. Por supuesto, no podía hacer mucho que el ruso había recibido aquellos tres o cuatro balazos, en plena espalda, a la altura del corazón. Y ya no podía estar más claro que Romanof no le había tendido ninguna trampa. Hace falta estar loco para tender una trampa en la que el cebo es el cadáver de uno mismo…

Le dio la vuelta, y se quedó mirando los iluminados ojos del espía soviético, abiertos. Al moverlo, oyó un ruido de algo duro en el suelo, y desvió hacia allá el rayo de luz. El ruido lo había producido la pistola del ruso, que, al parecer, había estado en su mano, todavía blanda… La recogió, pero antes de examinarla miró el rostro de Alexei Romanof. Estaba crispado en una dura mueca de ira. Alexei Romanof, desde luego, había muerto del modo más común en los espías que son muy duros de pelar: por la espalda. Y eso, aquel último conocimiento de su mente, lo había enfurecido,

había sacado su pistola… y había caído muerto. Últimamente, los espías rusos no tenían demasiada suerte, eso era indudable. No hacía mucho, habían asesinado a otro muy cerca de ella, y, como en aquella ocasión, la más audaz espía del mundo musitó:

—*Dosvidaña, tovarich Romanof*[2].

Sacó el cargador de la pistola. No faltaba ni una sola bala. Aún más: no olía como el arma que había sido disparada recientemente. Lo cual eliminaba a Romanof como posible asesino de Simón. La pistola del ruso estaba limpia, fría, sin el menor olor a pólvora quemada.

Brigitte se puso en pie, lanzando de nuevo el rayo de luz de la linterna a su alrededor. Vio la cama y se acercó a ella. El armario, muy próximo a la cama, estaba abierto… Encima de la cama había una vieja cesta de pescar, abierta. Dentro había anzuelos, sedal, un carrete, una navaja oxidada, bolsas de plástico… Baby se volvió hacia el armario, bajando el rayo de luz. Todo el suelo estaba lleno de prendas de vestir: corbatas, camisas, trajes, zapatos y zapatillas deportivas, pañuelos, calcetines… Una inspección por el resto del dormitorio le hizo ver que todo estaba igualmente revuelto.

Con rapidez, lo sucedido fue quedando explicado en la ágil mente de la espía internacional. Tenía que haber sido así: Alexei Romanof llega a su casa, ve las cosas revueltas, comprende que han registrado todo y cree que de ahí puede venir una pista. Avisa a quien él está convencido de que es la agente Baby. Luego, quizá alarmado por el registro, va al lugar donde suele tener guardada la cesta de pescar, en la cual está el millón de rublos. Va con la cesta a su dormitorio, la abre, y entonces alguien aparece, le mete unos balazos en la espalda y se va con el dinero que contenía la cesta. El viejo truco de dejar que la víctima haga el juego del cazador: lo alarman, Romanof va a ver si han encontrado el dinero, y cuando ya lo tiene, aparecen los asesinos, que han estado escondidos; lo matan y se lo llevan. Así de fácil. Así de fácil incluso con un espía como Alexei Romanof.

¿Le estaba destinada a ella la misma trampa?

Todavía estuvo unos segundos mirando al ruso. Le habría gustado poder corresponderle, hacer lo posible para que su cadáver llegase a Rusia, pero no sabía cómo. Es decir, había mil modos, pero a cuál más complicado. Seguramente, Alexei comprendería que ella

no se arriesgase. Ya lo encontrarían, tarde o temprano, sus compañeros.

Salió de la casa, siempre alerta, pero parecía que no corría el menor riesgo. Sí: a ella debían tenerle preparada una trampa parecida a la de Romanof… Estaba saliendo a la calle, desde el jardín, cuando, para su auténtica sorpresa vio al mendigo. No había la menor duda: era el mendigo ciego que había visto antes cerca de la puerta de la tienda de Simón. Por un instante quedó atónita, inmóvil, en verdad desconcertada. Adelantó un par de pasos más y, de pronto, el mendigo echó a correr, con una agilidad y seguridad sorprendentes.

—¡Eh! —llamó Brigitte—. ¡Deténgase o…!

El mendigo corría más que un rayo. De mendigo quizá tuviese algo, pero de ciego no tenía nada. Dobló la esquina a velocidad de atleta…, y cuando Brigitte llegó allí, pistola en mano, ya no lo vio. La rapidez de aquel hombre era prodigiosa, pero aun así, debía estar muy cerca. Quizá incluso la estuviese mirando, desde cualquier escondrijo. Lo cual era tan peligroso que Brigitte retrocedió. Estuvo unos minutos en la esquina, mirando a todos lados, atenta, disgustada.

Cuando volvió al taxi, su humor no era precisamente bueno.

—Hotel Namak —refunfuñó.

—*Yes… Oui… ¡Kheili khub!*

* * *

—¿Ha preguntado alguien por mi?

—No, señorita… —negó el conserje del Namak, en muy aceptable inglés—. Pero llegó una carta. De Washington.

—Ah… Bien, luego me la dará. Mi llave, por favor.

El conserje entregó la llave de su habitación a la espía, parpadeando, desconcertado.

—¿No quiere la carta ahora?

—No, no… La recogeré luego. O mañana. ¿Hay inconveniente?

—Desde luego que no, señorita Montfort.

—Gracias. Sin embargo, cualquier otro mensaje que llegue, le ruego que me lo haga saber inmediatamente.

—A sus órdenes. Así lo haremos.

La espía sonrió y fue hacia el ascensor. Afortunadamente, la temperatura era muy aceptable dentro del lujoso hotel Namak. Desde luego, a base de refrigeración eléctrica, cosa que se diferenciaba mucho del ventilador de Simón…

Cuando entró en su habitación, Brigitte tenía el ceño fruncido, precisamente pensando en Simón. Y en Alexei Romanof. Tenía la certidumbre de que los dos habían sido asesinados por la misma persona. La misma que, seguramente, había asesinado al hombre llamado Feth Zirar, el persa que tenía un *microfilm* para vender.

Sólo con abrir la puerta comprendió que no había habido novedad en su habitación. Nadie había entrado allí. De todos modos, ni el más listo de los mortales encontraría en su habitación los doscientos cincuenta mil dólares que ella tenía que entregar a cambio del *microfilm*. Un *microfilm* importante para Estados Unidos y Rusia… ¿Qué podía ser? La solución estaba en el persa llamado Feth Zirar, pero…, ¿dónde estaba Feth Zirar? Porque si no lo encontraba, iba a estar perdiendo lastimosamente el tiempo en Teherán. Simón había muerto. Romanof había muerto… Yazdeg, el hombre de Simón, no era probable que se pusiera en contacto con ella, puesto que nada sabía. Zirar tampoco la conocía, y, según el ruso, también había desaparecido. Bonita situación. Sola, sin pistas, en un país cuyo idioma no conocía, y de cuya ciudad sólo tenía vagas ideas y la muy escasa ayuda de un mapa que le había facilitado Simón. El asunto estaba como para volver a casa y allá se las arreglase el mundo.

Cruzó el pequeño recibidor de su habitación, entrando en el dormitorio. Con un solo vistazo supo que tampoco allí había novedad. No había entrado nadie, ni habían registrado, ni habían colocado micrófonos. Afortunadamente, ella estaba fuera de todo control del asesino o asesinos de Simón y Romanof.

No obstante, cuando poco después fue al baño, llevó la pistolita consigo y la dejó sobre el taburete. Probó el agua caliente con un dedito y se dijo que estaba a la temperatura adecuada para que, una vez bañada, dejase de sentir aquel terrible, aniquilador calor persa. Necesitaba el baño, y pensar. Sobre todo pensar.

Pero quince minutos más tarde, cuando ya el agua estaba fría, no había llegado a ninguna conclusión satisfactoria. Ni mucho menos, ya que la única conclusión era que no sabía nada de nada ni

tenía la menor pista. Podía buscar al tal Feth Zirar, cierto…, ¿pero dónde? Teherán tiene más de dos millones de habitantes. ¿Acaso se podía pensar en salir a la calle e ir preguntando por un tal Feth Zirar?

Quitó el tapón del desagüe de la bañera y se puso en pie. Abrió el grifo de la ducha, agua fría, y suspiró al recibir la auténtica caricia del agua, que parecía rugir en sus oídos, para deslizarse luego hacia su cuello, su pecho, su espalda. Como una pequeña catarata que ahogaba cualquier ruido o sonido.

Excepto el de aquella voz, en inglés:

—Siga así. No se mueva, señorita Montfort.

Se quedó inmóvil, como congelada bajo el chorro de agua… Lo único que hizo fue apartar la cabeza, de modo que sus oídos quedaron libres de aquel rumor, de aquel rugido líquido, y pudieron captar los sonidos que la rodeaban. Pasos de hombre, en el cuarto de baño. Y afuera, en el dormitorio. Dos hombres… No. Tres. Tres hombres, al menos.

Y de pronto, Brigitte sintió aquel miedo profundo que ya conocía, de tantas y tantas veces. Un simple, razonable y lógico temor a la muerte. ¿La iban a matar, igual que a Simón, igual que a Romanof…? ¿Iba a recibir unos cuantos balazos en la espalda… y eso sería todo, el final de la agente Baby?

—Creemos que usted tiene doscientos cincuenta mil dólares americanos… —dijo la misma voz—. ¿Dónde están?

—No están aquí —murmuró Brigitte.

—¿Dónde? Y no se vuelva.

—Fuera del hotel… En un sitio seguro.

—¿Le gustaría continuar viviendo, señorita Montfort?

—Sí.

—De acuerdo. Es fácil de comprender. Usted es demasiado hermosa y joven para ser, además, estúpida. Me entiende, ¿no es cierto?

—Me matarán si no les entrego el cuarto de millón.

—Exactamente. Vamos a pasar por alto el fallo de Amid y Tukar, así como la muerte de este último. Amid tiene la cabeza rota, pero vivirá… Aunque merecía estar muerto, como Tukar. Sí, se lo ganaron… Pero nosotros haremos la cosa de otro modo. No nos descuidaremos. ¿Nos va entendiendo?

—Sí.

—Bien. Salga de la bañera, despacio, sin volverse. Olvide su pistola, que ya la tengo yo. Vaya retrocediendo hasta el dormitorio, donde se vestirá para llevamos adonde está el dinero. A menos que, simplemente, prefiera decirnos dónde está.

—Sería muy complicado. Tendré que llevarles.

—De acuerdo. Usted entiende de estas cosas. Y doscientos cincuenta mil dólares no valen la pena de perder la vida. ¿Está conforme con esto?

—Por completo.

—Entonces, haga lo que he dicho. Iremos con usted, nos entregará el dinero y asunto terminado. Ya puede empezar a salir de la bañera. Despacio, tranquila, pacífica… Vamos. ¿Qué está esperando? ¡Le digo que sin volverse!

—Déjeme secarme la cabeza, por favor.

—Coja una toalla.

—Gracias.

Fue retrocediendo, de espaldas. Pasó junto al toallero y asió una de las toallas, con la cual comenzó a secarse inmediatamente la cabeza, enmarañando su negra y brillante cabellera. Con el rabillo del ojo, vio a uno de los hombres, a su derecha, pegado a la pared, pistola en mano. El otro estaba junto al lavabo.

La espalda de Brigitte chocó con el canto de la puerta del cuarto de baño, y ella quedó como clavada allí, manos en la cabeza, sosteniendo la toalla.

—¿Puedo volverme? La puerta…

—Yo acabaré de abrirla —dijo uno de los hombres.

Se acercó, sin demasiadas precauciones.

La toalla, empapada, y por tanto muy pesada, golpeó fuertemente el rostro del hombre que se había ofrecido a acabar de abrir la puerta. Nada peligroso, desde luego, pero sí muy molesto, y hasta un tanto contundente. El hombre salió disparado hacia atrás, lanzando una exclamación, manoteando, directo hacia el toallero, que estaba justo a la altura de sus riñones. Y mientras el hombre iba directo camino de recibir un buen trastazo, la espía internacional se volvía hacia el otro, que se había enderezado, respingando, adelantando la pistola…

Plop.

La bala pasó por encima de la cabeza de Brigitte, que se había encogido. Y desde esta posición saltó hacia la cintura de su segundo adversario. Lo asió por ella con ambas manos, lo alzó como si fuese de paja, y lo balanceó a derecha e izquierda, en una perfectísima ejecución de la novena presa de cadera de judo, que terminó dejando caer al hombre a sus pies, como un saco. El golpe fue tan tremendo que el hombre dejó de gritar en el acto, seguramente porque se había quedado sin aliento, igual que su compañero que había rebotado de riñones contra el toallero, para caer de rodillas duramente, y finalmente de nariz contra el duro y mojado suelo.

Brigitte se inclinó rápidamente junto al más cercano, y asió su pistola, oyendo las rápidas pisadas del tercer hombre acercándose a ella, proveniente del dormitorio. Se volvió a toda prisa, alzó la pistola, crispó el dedo en el gatillo…, y antes de conseguir disparar recibió un puntapié en el estómago, que la tiró contra el taburete; pasó por encima, cayó de bruces, rebotó, crispada y sus desorbitados ojos se clavaron en la pistola, caída cerca de ella. Se arrodilló rápidamente, notando como si todo su cuerpo estuviese hueco y ardiendo, y adelantó la mano hacia el arma, alarmada la expresión, porque el tercer hombre cargaba nuevamente contra ella, dispuesto a golpearla de nuevo con un pie… Brigitte se apartó, agarró en el aire aquel pie y tiró hacia arriba. El hombre lanzó un alarido al emprender aquel corto vuelo circular, que lo llevó de cabeza contra el suelo.

Derribado así su tercer enemigo, la divina espía pudo volver a recoger la pistola, se puso en pie…

—¡Aaaagggg…!

Se crispó hacia atrás, soltando el arma, al recibir el golpe en los riñones, por detrás, propinado por el primero de sus enemigos. Su rostro quedó descompuesto, desencajado, lívido, desorbitados los ojos… El segundo golpe, en el mismo sitio, la tiró contra la bañera, metiéndola dentro. Quedó con medio cuerpo dentro de la bañera, ya casi vacía de agua, pero recibiendo todavía el chorro múltiple y fino de la ducha. Todavía intentó la hermosa espía incorporarse, pero el golpe en la nuca, también con las dos manos juntas, volvió a hundirla de bruces en la bañera… El agua fue cayendo sobre su cabeza y espalda, y su rostro quedó ladeado en el fondo de la bañera, cerrados los más hermosos ojos del mundo, abierta

angustiosamente la sonrosada boquita…

El que había sido obsequiado con la novena presa de cadera de judo, se puso en pie, tambaleándose, jadeando, pálido.

—La voy a…

—Déjala. Registremos primero su cuarto. Si es verdad que el dinero no está aquí, tendremos que llevárnosla, ya que todo está previsto para eso.

Y si está el dinero, la mataremos. No la necesitamos para nada.

El que había recibido el golpe en el toallero se acercó y cerró el grifo de la ducha.

—Es una chica muy fuerte… Y muy hermosa. Yo creo que a Banagalore le gustaría mucho conocerla. Se mostraría muy satisfecho y generoso con nosotros si le llevábamos una mujer así. ¡La necesita!

Rieron los tres, roncamente, todavía doloridos por los efectos de aquel veloz relámpago que los había derribado en pocos segundos. Pero, realmente, la idea era buena: de un modo u otro, Banagalore estaría muy contento de poder tener una mujer como aquella.

Inconvenientes de ser tan divina, Baby.

Este es el final

Brigitte detuvo la marcha del magnetófono cuando terminó la audición de la cinta grabada. Sacó el carrete que contenía ésta, lo metió dentro de un sobre, y lo entregó al petrificado Charles Alan Pitzer, en cuya frente se veían unas gotitas de sudor. Junto a él, Simón parecía también petrificado. Algo más allá, Peggy, la fiel doncella de la espía internacional, casi temblaba, comprendiendo una vez más la clase de ama que le había tocado en suerte.

—Bien, tío Charlie, ya ha escuchado usted mi informe… ¿Alguna duda?

Pitzer sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente.

—Por Dios… —musitó—. Me pregunto qué habría pasado si hubiésemos enviado a Teherán a un agente cualquiera a comprar ese *microfilm*…

—Eso nunca lo sabremos.

Simón soltó una risita nerviosa.

—Lo sabemos ahora mismo —aseguró—. El señor Nixon estaría muerto ahora, en el fondo del mar Caspio.

—No exagere, Simón.

—No… No exagera… —dijo Pitzer—. Voy… voy a salir inmediatamente para la Central, a entregar su informe. El… el presidente ha regresado ya a Washington de su viaje alrededor del mundo, y será puesto al corriente de esto… Querrá verla a usted, Brigitte.

—Gran honor. Sin embargo, espero que no me cite para dentro de tres días, porque no podría asistir.

—¿Está bromeando? —exclamó Simón.

Brigitte lo miró dulcemente, pero con una expresión de profunda tristeza en los más maravillosos ojos del mundo.

—Simón —musitó—: en Teherán mataron a uno de nuestros compañeros. Sé que su cadáver ha llegado ya a Washington, y sé

muy bien lo que nuestro compañero quería… Y me voy a encargar de que descanse para siempre cerca de los Grandes Lagos, en un lugar fresco y tranquilo. Tengo que ir a recoger su cadáver, llevarlo a ese lugar, y enterrarlo. No podrá pintar, ni fumar en pipa, ni escribir libros… Ni comer caviar con champaña… Pero al menos… —La voz de Brigitte se quebró un instante—. Al menos, espero que descanse en paz, que comprenda que se le quería, que alguien estará allí llorando por él. Espero… espero que el bueno, ingenuo y simpático Simón adivine… adivine quién le entierra…

FIN

Notas

[1] ¡Muy bien! < <

[2] Véase «WEEK END», número anterior de esta serie. < <